

# AAU

AMERICAN ANDRAGOGY  
UNIVERSITY



*CARLOS PEREZ SOTO*

---

**SOBRE LA CONDICION  
SOCIAL DE LA PSICOLOGIA  
PSICOLOGIA - EPISTEMOLOGIA - POLITICA**

Serie Punto de Fuga  
COLECCION SIN NORTE

**ARCIS**  
UNIVERSIDAD



# INTRODUCCIÓN

Soy Profesor de Física. Es decir, no soy ni Psicólogo, ni Epistemólogo, ni Político. Este libro requiere pues, mirado desde los usos académicos comunes, de algunas palabras previas.

Al principio, intrigado por el paradójico irracionalismo que impera en la enseñanza de la Física, empecé a leer sobre Filosofía de la Ciencia. Gracias a las clases del profesor Félix Schwartzman en la Facultad de Ciencias pude ingresar al enorme territorio en que habitan Popper, Kuhn y Koyré. Con el Taller de Filosofía de la Ciencia que organizamos entre los estudiantes más porfiados descubrimos los misterios iniciales de la falsación, las revoluciones científicas y los prejuicios galileanos. Recuerdo que me impresionó profundamente Alistair C. Crombie, con su historia de la ciencia del siglo XIII. Recuerdo haber registrado pacientemente todas las bibliotecas universitarias sospechosas de materiales interesantes. Encontré *Mind*, *The British Journal for the Philosophy of Science*, descubrí a Feyerabend y Lakatos, supe de *Skeptical Inquirer* o, en resumen, supe una vez más que vivíamos en la orilla del mundo.

Eran años oscuros de la Patria. El silencio opresivo, la falta casi total de vida académica, la represión brutal de la actividad política, marcaban la venganza de la Dictadura contra los intelectuales que nunca pudo entender. Intentar ser marxista en ese espacio era a la vez valiente y absurdo. Habían pasado ya los años sangrientos, la segun-

da mitad de los setenta, y los años ochenta empezaban a mostrar su arma más poderosa: la indiferencia. En medio de los sueños del movimiento popular contra la Dictadura traté de descifrar la otra mitad de las fuentes que conducen a este libro: los muchos misterios de la historia del marxismo. Haciendo clases sobre Marx, discutiendo acaloradamente en el grupo de Filosofía del Instituto Lipschutz, supe, otra vez, que había que empezar de nuevo.

Descubrimos a Hegel con el padre Arturo Gaete y a Marx en el mismo Marx. Con Juan Ormeño, José Grossi, Gorgias Romero, Castor Toledo, Iván Reyes, nos dedicamos a la locura de leer la Fenomenología del Espíritu en una época en que todo el mundo, también nosotros, parecíamos tener el deber urgente, inaplazable, de llegar a una democracia avanzada. Obscuramente nos parecía que la conexión de Marx con Hegel podría contribuir en algo. La mayoría nos miraba, desde luego, con esa mezcla de pena y extrañamiento con que suelen ser considerados los intelectuales.

Los caprichos y los azares posibles en medio del vacío cultural me llevaron a hacer clases en las Universidades Privadas, que estaban recién en formación. También la vanidad, y las necesidades económicas. Este es un mundo extraño, a cuyos ritos me he ido acostumbrando muy lentamente. Me cuesta considerar las prioridades adecuadas, cumplir con cada uno de los requisitos, tener cada uno de los respaldos que se supone. Prefiero sospechar que citar, prefiero hablar en nombre propio y en primera persona, prefiero inventar argumentos y confrontarlos en la discusión que ampararme en la supuesta solidez del trabajo empírico, prefiero pensar en general, de la manera más radical posible, que concentrarme en la utilidad o en la contingencia. Tengo, lo sé, malas costumbres académicas o, al menos, si no malas, poco elegantes. Desde luego, entre las más malas está el meterme en campos del saber que han sido cercados hace bastante tiempo por los celos y los intereses profesionales.

Llegué a hacer clases en Carreras de Psicología invitado por los estudiantes y favorecido por las angustias epistemológicas de los Psicólogos que se dedican a la enseñanza. No me habría quedado en un campo del saber tan lleno de mitos si no es por María Luz y una

sospecha política fundamental: las nuevas formas de dominación pasan de manera esencial por el control de la subjetividad. Es alrededor de esta idea que todas las preocupaciones anteriores conducen a esta serie de escritos.

De mi dedicación a la Filosofía de la Ciencia resulta la convicción de que la racionalidad científica es una forma ideológica, que expresa a una época histórica determinada, que se estructura como práctica en torno al Método Científico, que se caracteriza por ciertas nociones sobre la realidad, el saber y el sujeto que pueden ser superadas, y que han sido superadas ya, al menos en teoría. De los filósofos de la ciencia más radicales he aprendido que el Método Científico no es el origen, sino la forma de legitimación del conocimiento, y que la diferencia entre los legos y los expertos es más una herramienta política que una verdad objetiva. Leer la tradición de la Filosofía de la Ciencia desde el marxismo me ha servido para completar la desmistificación de la Ciencia a través de su historización radical. Leerla desde Hegel me ha servido para constatar cómo la modernidad se ha inventado a sí misma una y otra vez, con distintos nombres, manteniendo sus convicciones fundamentales o, también, para ver cómo esas nociones profundas han ido decayendo poco a poco hacia una forma ideológica nueva.

Cuando la racionalidad científica es historizada el lugar de la Psicología se hace de inmediato problemático. Desde luego el papel de la institucionalidad psicológica en el juego de los poderes ideológicos. Pero también, de manera más profunda, las ideas modernas sobre la subjetividad quedan expuestas al examen crítico. Es en este ámbito donde la lectura de Herbert Marcuse, cuya influencia puede verse muy directamente en lo que escribo, resulta fundamental. Marcuse, estudioso a la vez de Marx, Hegel y Freud, es una de las coordenadas básicas desde las que la reflexión crítica sobre la subjetividad debe empezar. He buscado en porfiadas y abundantes lecturas de Freud, de las múltiples vertientes de la tradición que inició, de las otras psicologías del siglo veinte, pero siempre miradas desde su relación con Freud, claves para entender lo que la subjetividad moderna dice de sí a través de la Psicología. He intentado hacer una reconstrucción racional de la historia de la Psicología que permita

entenderla como discurso del sujeto moderno. No tanto un discurso sobre el sujeto, sino del sujeto. No tanto el sujeto del enunciado, sino el de la enunciación.

Y entonces el marco general queda configurado así: una consideración filosófica y política de la modernidad, hecha desde un marxismo hegelianizado, me permite postular su vasto naufragio en una forma de dominación que la supera desde ella misma, y no desde la conciencia, como quiso la voluntad revolucionaria. Una nueva forma de dominación en que el carácter ideológico de la racionalidad científica aflora, se hace explícito, aún en sus pretensiones de objetividad. Una nueva forma social en que el dominio tecnológico de la diversidad permite una fuerte manipulación de la autonomía clásica de la subjetividad. Una sociedad que es tecnológicamente capaz de configurar el aparato psíquico de sus dominados en función de los intereses de la dominación. Una sociedad que es capaz de dominar a través de una fuerte manipulación de las ilusiones de autonomía, de democracia liberal y de mercado, cuando ha vaciado ya a la autonomía, a la democracia liberal, y al mercado de sus contenidos esenciales.

Lo que sostengo de manera simple y llana es que resistir las nuevas formas de dominación exige una profunda comprensión de los modos en que el aparato mental es construido. Exige una teoría de la subjetividad que dé cuenta de los nuevos modos de la enajenación. Que permita distinguir el placer del agrado, la felicidad de la conformidad, la valentía de la irresponsabilidad suicida, el desafío vital del turismo de aventura, el intercambio subjetivo auténticamente humano del fetiche que se realiza a través del mercado ficticio. Tal como en el pasado la Economía sirvió de fuente y modelo de la teoría crítica, escribir hoy de Psicología obedece a una necesidad política esencial.

Estas son mis preocupaciones básicas, obsesivas, algo paranoides, como seguramente estará consignado por algún crítico emboscado por ahí, bajo el disfraz de la objetividad. Soy testigo casi a diario de la paradójica satisfacción con que los profesionales de la Psicología eluden los problemas que deberían explicar poniéndoles

nombres tristes. Es por eso que, en general, escribo para los estudiantes. Para la minoría ilustrada y rabiosa que aún no aprende a adecuarse al mundo. Para esos a los que todo les sale mal, los que tienen el sentido común al revés, los que aún se preocupan de esas cosas que eran tan típicas de los jóvenes, antes que la Dictadura y la manipulación los envejeciera, la Libertad, la Verdad, la Justicia, la Belleza, con sus nobles mayúsculas, que nos hablan de tiempos mejores que se fueron, y de tiempos mejores que podemos construir.

El libro es uno de los fetiches académicos al que más difícilmente me he resignado. Como digo, en general escribo para estudiantes. Para las clases que hago, para los foros a los que me invitan con la esperanza de que diga algo con sentido, para los mejores, los rebeldes, los complicados, los poco prácticos, que me piden que escriba porque aún creen en la magia de la escritura. No tengo espacio, "embrutecido por el sonsonete de las quinientas horas semanales", para escribir nada demasiado largo. La experiencia brutal es, también, que los mejores estudiantes no podrán pagar el lujo de un libro, menos aún el de uno que sea una pretensión personal. Pero el fetichismo de su autoridad posible, pero la vanidad y la vejez insistente, me llevan de la mano hacia esta colección de artículos que desde ahora podré llamar, con más vanidad que de costumbre, libro. Agregaré una línea más a mi currículum, correré el riesgo improbable de ser leído por los normales, pasará circunstancialmente por el profesional de las Ciencias Sociales que no soy, frente a los otros que actúan como si lo fueran.

Todos los textos que reúno en esta colección fueron escritos para las clases que hago. Los he ordenado por temas, pero he consignado, en una nota inicial, en cada uno, la fecha y la ocasión original. Aunque soy responsable por los argumentos, su redacción ha sido influida, a veces de manera decisiva, por las discusiones que tengo regularmente con estudiantes. Debo agradecer especialmente, al respecto, las valiosas sugerencias y la colaboración impagable de Paula Raposo, que ha leído con paciencia cada texto y los ha corregido, siempre de manera acertada. Han sido para mí vitales y cruciales las discusiones con mi buen amigo Juan Ormeño, y con mi compañera, Isabel Piper. Agra-

dezcó también las muchas discusiones con Sergio Villalobos, Soledad Ruiz, Roberto Aceituno, Oscar Cabezas, Felipe Victoriano, y el Taller de Ayudantes de Epistemología de la Universidad ARCIS.

*Carlos Pérez Soto*

Profesor de Estado en Física

Santiago, Otoño de 1996.-

# PRIMERA PARTE

## Psicología y Epistemología

- I. Sobre el Carácter Científico de la Psicología
- II. Teorías y Sistemas Psicológicos
- III. Paradigmas en Psicología
- IV. Algunos vicios que entorpecen la discusión en Psicología.



# I. Sobre el Carácter Científico de la Psicología:

1. Es necesario distinguir entre la imagen científica del hombre, su vida mental, sus relaciones humanas, y la Psicología como disciplina. En el primer caso se trata de cómo la visión científica, que es toda una manera de entender el mundo, ha considerado al hombre. En el segundo el problema es cómo, y bajo qué condiciones, esa idea del hombre ha llegado a convertirse en una tradición académica y un ejercicio profesional, definidos.

Esta diferencia es también una diferencia histórica. Hay concepto científico del hombre desde mucho antes de la constitución de la Psicología como disciplina. En un sentido histórico estamos ante un concepto científico por lo menos desde Maquiavelo, Descartes y Hobbes. En un sentido institucional, en cambio, sólo desde Herbart y Gall (hacia 1820), o desde Fechner, Quetelet y Helmholtz (hacia 1850), o desde Wundt, Galton y Binet (hacia 1890), o aún, para algunos, sólo desde Watson, o Koffka, o Freud (hacia 1910) <sup>1</sup>.

Esta distinción es importante porque, cuando nos preguntamos si la Psicología es o no una ciencia, en general confundimos dos problemas que, aunque coexisten, son teóricamente distintos. Uno es el de cómo la racionalidad científica ha dado cuenta de los fenómenos

---

*1 Ya es un interesante problema esta diversidad de opiniones sobre el momento de origen de la Psicología como ciencia : revela que su definición como ciencia obedece más a un acto institucional que epistemológico. O, mejor, que el problema epistemológico encubre un acto institucional.*

humanos. Otro es el de las definidas opiniones que el grupo profesional de los Psicólogos tienen acerca de la ciencia, y acerca del status epistemológico de su quehacer.

2. Considerada desde un punto de vista histórico, la racionalidad científica es, más que un método, una manera de ver el mundo, característica de una época. La ciencia que, en principio, es una manera de ver la naturaleza, se ha convertido progresivamente en el fundamento y en el paradigma de la razón moderna, de toda una forma de las relaciones del hombre con la naturaleza y de las relaciones de los hombres entre sí. Entre sus principales rasgos se pueden enumerar:

- la combinación pragmática de la razón y la experiencia;
- el objetivismo naturalista;
- la tendencia analítica y atomista;
- la idea de regularidad natural y simplicidad matemática;
- la validación de la verdad por la eficacia empírica.

Una imagen del mundo para la cual todo ámbito de la realidad puede ser iluminado por la razón y reducido, en último término, a relaciones naturales. Una razón para la que, en esencia, no hay misterios: hay cosas que no se saben, pero no hay cosas que no se puedan saber. Una imagen con límites históricos definidos: en rigor no hay ciencia antes del mundo moderno. Toda época ha tenido, por cierto, un concepto de la naturaleza. Pero, considerada históricamente, las específicas características de la razón científica definen y están definidas por la modernidad.

3. En esta imagen, la idea central en torno a la realidad del hombre y de la sociedad es la de que existe algo, que puede llamarse "naturaleza humana", en que es posible encontrar regularidades, cualidades básicas y leyes, análogas a las que es posible encontrar en cualquier otro sector de la realidad (como la materia inanimada o la vida). El intento de los científicos sociales de la época clásica (Maquiavelo, Descartes, Hobbes, Locke, Montesquieu, Hume) consistió, tal como en el caso de los científicos naturales contemporáneos (Galileo, Boyle,

Newton, Huygens, Linneo, Lavoisier), en identificar las propiedades básicas de esta "naturaleza humana" y, a partir de ellas, deducir las características de las relaciones humanas en general. En esto, puede decirse de manera cierta, fueron tan estrictamente "científicos" como sus contemporáneos que se preocuparon de la física o la biología: miraron la realidad a partir de un conjunto de supuestos sobre el mundo, sobre el conocimiento, sobre la relación entre el sujeto y el objeto, sobre la verdad, que no es sino la racionalidad científica. En este sentido puede constatarse que TODAS las ideas fundamentales de las llamadas "Ciencias Sociales" proceden de esta época.

4. El pensamiento moderno, sin embargo, se ha desarrollado en estrecha conexión con otra idea fundamental: la idea de libertad. La iniciativa y la autonomía individual, el extraordinario ingenio desarrollado en torno al conocimiento y dominio de la naturaleza, la conciencia de los derechos individuales y del poder de los individuos asociados, la confianza, por último, en el derecho y el poder de interpretar las Escrituras sin la mediación de la Iglesia, van formando, de múltiples modos, la idea de que los hombres son en esencia libres, y de que todo lo que se encuentra en el mundo humano ha sido producido, y puede ser modificado, por su propia voluntad. La voluntad y la razón moldearían de manera libre el destino de cada hombre.

Cuando consideramos qué ideas formularon los pensadores clásicos en torno a la naturaleza humana encontramos una oscilación histórica, condicionada por las diversas relaciones sociales en que estuvieron implicados, entre una imagen centrada en el egoísmo, la tendencia al placer, al poder, al lucro, a evitar el daño, y otra, centrada en la sociabilidad, la productividad, la tendencia al intercambio. Es interesante insistir en lo que estas ideas implican. Según algunos, los hombres son "por naturaleza" egoístas, y derivan las características de la sociedad de esa base: la necesidad de una ley impersonal que regule ese egoísmo, la necesidad de controles sociales coercitivos que impidan que las tendencias naturales se conviertan en conflictos entre personas, la necesidad de una constante lucha contra las tendencias "negativas" que provienen del ejercicio puro de la naturaleza. Según otros, los hombres son "por naturaleza" sociables y cooperadores, y

entonces la ley es una simple regulación (no un poder de control coercitivo), y entonces la educación es la principal fuente de socialización (y no la fuerza), y resulta que los hombres tienden, y han tendido desde siempre, al progreso, a la comprensión mutua y al bienestar (cuestiones que sólo serían alteradas por la ignorancia, o el dogmatismo, o la mala fe).<sup>2</sup>

5. Si consideramos el contrapunto introducido por la idea de libertad, encontramos que el concepto clásico del hombre osciló entre la naturaleza y la libertad, o mejor, entre la determinación de las conductas por las propiedades atribuidas a la naturaleza humana (que, a su vez, oscilan entre una imagen "negativa" y otra "positiva"), y la determinación de la conducta por la autonomía propia que hace posible la libertad.

En todos los ámbitos que hoy se reconocen como propios de la Psicología, la discusión se desarrolló en torno a estos conceptos. En el conocimiento, en la voluntad, en los afectos, en el aprendizaje, la pregunta permanente es qué papel juega la naturaleza y qué papel puede cumplir la libertad. El mismo conflicto puede ser expresado preguntándose por el predominio de las pasiones o de la razón, o de la fuerza ante la moral, o del egoísmo ante el altruismo, o de la tendencia gregaria ante la competencia individualista. Hobbes y Hume, Kant y Hegel, representan los puntos extremos, y los más altos, en este desarrollo. En ellos la racionalidad moderna alcanza su articulación más completa y el principio de su superación. Si somos estrictos y rigurosos, es necesario reconocer que la especulación filosófica, a principios del siglo XIX, ya ha ido más allá del concepto científico del hombre como sistema. Ha conseguido superarlo internamente.

En la formulación hegeliana los hombres son, en esencia, completamente productores de sí mismos, aunque a lo largo de la historia han vivido sin saberlo, atribuyéndole sucesivamente su ser a algún Otro que los produce: el ánima, los espíritus, los dioses, un Dios universal o la naturaleza. La historia humana resulta ser el proceso en

---

<sup>2</sup> Quizás es ilustrativo comparar, en este sentido, las ideas de hombre que hay, o que comúnmente se creen reconocer, en los sistemas de Carl Rogers y de Sigmund Freud.

que los hombres van conociendo progresivamente su esencia, esto es, que son autores de sí mismos, a medida que la construyen. Esa historia culmina en el completo conocimiento de sí del sujeto social (autoconciencia) que resulta libre en ese conocimiento, que ha construido su libertad, y que puede, por tanto, cambiar las relaciones sociales que él mismo ha establecido de manera enajenada (atribuyéndole su origen a Dios o a la naturaleza). Este último aspecto es especialmente relevante.

El pensamiento moderno culmina, en Kant, en Hegel, aún bajo un concepto de sujeto muy distinto <sup>3</sup>, en el imperativo de cambiar las condiciones de enajenación y miseria en que se desenvuelven los hombres concretos. La moral y sus imperativos, en Kant, el Estado y los imperativos de la política, en Hegel, son el resultado de un pensar que ha descubierto que los hombres no están condenados a una naturaleza determinada y determinante, que no están obligados a leyes naturales que condicionan su conducta sin posibilidad de modificación esencial. Un pensamiento que ha descubierto que somos, en esencia, libres. En este contenido la filosofía especulativa ha superado claramente a la razón científica de la que surgió, y a la que llevó al extremo, justamente, de su superación.

6. Pero la historia no marcha, al menos al corto plazo, según los dictámenes de los filósofos. Justamente en la época en que se alcanzaban estos resultados (principios del siglo XIX), empezaba a ocurrir la más grande de las revoluciones científicas conocidas hasta entonces. La química de Lavoisier, Proust y Dalton. La biología de Schwamm y Lamarck. La física de Joule, Faraday, Young y Fresnel. La geología de Lyell. Las matemáticas de Laplace, Abel, Lobachevsky, Cauchy. Todas mostraban un mundo teórico rico, lleno de claridad y certezas aparentes, con la apariencia de inmediatas y sorprendentes aplicaciones tecnológicas. La impresión de que los poderosos avances en la industria, el uso general de máquinas a vapor, las nuevas tecnologías eléctricas, obedecían a efectos de esos avances teóricos, reforzaba enormemente la impresión de que la ciencia era la forma más pode-

---

<sup>3</sup> En Kant el sujeto racional, que se mueve bajo el llamado de su propia voluntad moral libre. En Hegel el sujeto social autoconsciente, que se ha producido a sí mismo en la historia de la razón.

rosa, y quizás la única auténtica, del conocimiento, de que sólo en ella se podía encontrar verdad y certeza.

Ante el impacto de la revolución científica y tecnológica real, la especulación filosófica, llena de sutilezas, promesas e imperativos, pareció, de pronto, rebuscada, ineficaz, irrealista. Una profunda paradoja: justo en el momento en que la tradición filosófica iba más allá del concepto científico del hombre y la sociedad, las ciencias naturales muestran toda su potencia y eficacia aparente. Un resultado esperable: un profundo desarraigo entre la tradición de las ciencias naturales y la del pensamiento social encarnado por la filosofía. Las disciplinas de las Ciencias Sociales surgieron de este desarraigo.

7. La Psicología que funda su tradición académica y profesional desde la cuarta década del siglo XIX, y que es la que reconocemos hoy como institucionalmente establecida y legítima, nace, bajo el impacto de la revolución en las Ciencias Naturales, como respuesta a los problemas (insolubles bajo las relaciones sociales modernas) que la especulación filosófica le ha puesto al concepto científico del hombre y la sociedad.

Nace bajo la pretensión explícita de poner fin a la especulación y dar inicio a la ciencia. Ni siquiera aparece como restauración de una mirada científica perdida (que de hecho lo es), sino como una verdadera "fundación". Rechaza explícitamente todo pensamiento anterior, nace con la creencia de ser el verdadero principio, nace con la explícita pretensión de ser científica. El carácter científico, que para los pensadores clásicos era obvio, implícito, casi un ambiente invisible en el que simplemente operaban, se hace ahora explícito hasta el delirio. El carácter científico del conocimiento aparece ahora no como la forma general de la razón, sino, más bien, como la garantía de certeza del saber. Por esto, por su carácter de garantía, surge la necesidad, casi obsesiva, de detallarlo, de describir de manera precisa sus procedimientos, de proceder de manera estricta según sus normas. La pregunta obligada, una y otra vez, a lo largo de los últimos 150 años, en Psicología, ante cualquier idea nueva, es sobre su carácter científico y las maneras en que puede ser asegurado.

8. Las disciplinas, las tradiciones académicas establecidas, en Ciencias Sociales, surgen llevando al extremo todas las características clásicas de la racionalidad científica. La estricta separación entre sujeto y objeto es llevada al extremo de postular la neutralidad ética como condición del ejercicio profesional. Idea curiosa. Bien pensadas las cosas, se encuentra que sólo a la cultura europea del siglo XIX se le pudo ocurrir que es posible comprender e intervenir en los asuntos humanos desde un punto de vista neutral, que pretende estar por sobre las contingencias, que dice arraigarse sólo en la verdad como tal. A ninguna otra cultura humana se le ocurrió nunca algo así.

La tendencia analítica y atomista se llevó al extremo de intentar clasificar patrones conductuales identificando sus componentes últimos y mínimos, componentes de cuya combinatoria se espera la reconstrucción de toda la variedad de las realidades humanas empíricas. En Psicología se recurrió para esto, por un lado, a las tipologías apoyadas empíricamente en la estadística y, por otro, a la búsqueda de las fuentes de la conducta en una base neuronal. Hasta hoy, puede decirse, la Psicología profesional ha oscilado entre estas dos fuentes de autoridad científica: la estadística y la fisiología. Es importante insistir en este punto. Se recurre a estas ciencias como fuentes de autoridad. Lo que está en juego no es un simple apoyo metodológico sino, más bien, lo que se espera de la metodología. Se busca certeza, es decir, autoridad.

Se eleva la intención tecnológica, implícita en toda la racionalidad científica, a un verdadero criterio de verdad. Las teorías empiezan a ser juzgadas ya no por su coherencia filosófica, por las conexiones que logran establecer con otros aspectos de lo humano (como la sociedad, la historia, el arte, etc.), o por los conceptos que aportan a una comprensión global, sino por sus aciertos experimentales o en el campo de la terapia. Como nunca pudo ocurrir antes (al menos en la época clásica) se asiste ahora al éxito y la consagración profesional de teorías o técnicas que se justifican sólo por su eficacia, renunciando a la comprensión de los mecanismos que explican incluso esa misma eficacia (el caso de las técnicas de electro-shock, o el del uso de sustancias químicas para alterar la conducta es demasiado ilustrativo al respecto).

En la base epistemológica se consagra una imagen en que la ciencia es prácticamente definida por su método. Se renuncia a todo intento por darle un fundamento a la confianza que se tiene en la racionalidad científica. Se asume simplemente, y toda discusión al respecto se considera especulativa, que la ciencia es la mejor, si no la única, manera de conocer, y que si, por un lado, no se está en posesión de la verdad, se tiene, al menos, en el método científico, la manera segura de acercarse todo lo que se quiera. Esta renuncia a la discusión de fundamento resulta particularmente relevante puesto que la tradición clásica ha logrado ya, y de manera fundada, poner en duda justamente lo que ahora se afirma sin alternativa.

9. La disciplina que es la Psicología científica nace, pues, bajo el signo de lo que quiere ser: ciencia. Pero, también, junto al énfasis en el método, junto a la manera extrema de entender las características clásicas de la racionalidad científica, nace como una institución. En su acto fundacional los aspectos quizás más relevantes son la aparición de cátedras, de revistas, de un ejercicio profesional reconocido y, sobre todo, de un grupo académico y profesional que busca diferenciarse. El problema del "objeto" de la disciplina aparece como algo casi tan urgente como el problema del método. La Psicología se distingue ya no sólo por ser una ciencia, la sociología y la economía también lo son, sino por la especificidad de su objeto, o mejor, puesto que en los tres casos el objeto de estudio no es sino el mismo hombre, por la especificidad de la mirada que dirige sobre él.

Esta necesidad de diferenciación distingue netamente a la tradición clásica de la moderna. Los científicos clásicos son, por decirlo de alguna manera, científicos sociales "en general". Maquiavelo, Hobbes, Descartes, Hume, Kant, no son principalmente ni Psicólogos, ni historiadores, ni sociólogos, son todo eso al mismo tiempo, y pueden serlo, y obtienen ricas y variadas consecuencias de su intento de formular una idea completa y compleja del fenómeno humano.

Los científicos modernos son, en comparación, tristemente pobres. Su quehacer está lleno de rivalidades profesionales entre e incluso dentro, de cada disciplina, el peso de las realidades institucionales resulta, muy frecuentemente, mayor que la coherencia

teórica o práctica de lo que se propone. De aquí que se deba apuntar como una de las características reales más influyentes en la profesión psicológica el uso de la pretensión científica como argumento en las querellas entre escuelas o disciplinas. Cada una, en el momento clave y de manera central en la argumentación, pretenderá poner en duda el carácter científico de su rival. Es extraordinariamente importante notar que la ciencia es usada aquí como argumento de autoridad, y notar que en rigor este uso no sólo afecta a las discusiones al interior de la Ciencia Social sino que, aún de manera más destacada, aparece en la discusión general de la Ciencia Social con los legos. La autoridad de la terapia, de la intervención en general, proviene del carácter científico que, se supone, tendría el saber que la avala.

10. En el orden de los contenidos, la tradición de la Psicología científica ha heredado, y formulado de manera extrema, algunas de las oscilaciones clásicas en el concepto del hombre. Si se considera la historia moderna de la Psicología, es fácil constatar la oscilación, ya apuntada más arriba, entre la recurrencia a la biología o a la estadística. De alguna manera esto está relacionado con una dualidad más profunda en torno a entender los fenómenos psicológicos de manera orgánica (enfaticando la totalidad, más que las partes, las relaciones, más que los elementos), o de manera mecánica (es decir, poniendo más el énfasis en la identificación de elementos básicos que luego puedan ser relacionados). De la misma manera es posible identificar las tendencias a entender la vida psíquica como una estructura dotada de coherencia interna, frente a las tendencias que procuran entenderla en su desarrollo y en sus relaciones con el entorno (o, de otra forma, a poner el énfasis en lo que tiene de estado, o en lo que tiene de devenir).

Si se consideran estas dualidades se comprueba que la Psicología tiende, históricamente, a disolver sus pretensiones de autonomía bajo el imperio de las ciencias naturales que usa como fuentes de certeza. Las consideraciones estadísticas pasan de un apoyo metodológico a un fundamento. Las experiencias de laboratorio pasan de comprobaciones auxiliares a centro fundante. La búsqueda de las causas orgánicas tiende a convertirla en una provincia especializada de la neurofisiología. Las ideas estructurales tienden a absorber a las

ideas funcionalistas. La consideración del desarrollo tiende a ser reemplazada por el análisis estructural de lo contemporáneo. Las consideraciones genéticas tienden a ser absorbidas o por modelos matemáticos, o por modelos neurofisiológicos. La diferencia profesional entre Psicólogos y Psiquiatras surgió de estas tensiones. Pero también la diferencia entre Psicólogos y Psicólogos sociales, o entre Psicólogos sociales y etólogos, o entre las diferentes vertientes teóricas cuyo ejercicio profesional propio tiende a diferenciarles institucionalmente (es el caso de los psicoanalistas, o de los orientadores educacionales).

11. Si, tras estas consideraciones históricas, se me pregunta qué ha traído la pretensión científica a la disciplina que es la Psicología, puedo contestar de manera simple, aunque resulte complejo: escolástica.

Desde el punto de vista desarrollado en este texto, las disciplinas de las ciencias sociales surgieron en el momento en que la racionalidad científica llegó, por su devenir puramente interior, al extremo de su superación. Las disciplinas aparecen como un intento de elevar la certeza de la modernidad, perdida en el laberinto de la especulación filosófica, al carácter de fundamento de la práctica política y social. El argumento científico es usado, sustancialmente, como un argumento de autoridad. La fuerza de la tecnología parece ampararlo o, mejor, parece ser el origen de su fuerza. Hay una suerte de "transferencia de certeza" desde la técnica hacia las ciencias sociales. De alguna manera creemos en la eficacia de las terapias en virtud de la eficacia de las técnicas en general ... y nuestra creencia refuerza la eficacia en que creemos.

Sin embargo, la eficacia aparente de la terapia muy bien puede tener su origen simplemente en la fuerza del mundo establecido. Nuestras creencias son tales que simplemente no le damos a nuestros desadaptados más alternativas que las que ofrece la terapia. El psicólogo aparece, entonces, como un facilitador de la adaptación. Cuando, en cambio, los pacientes revelan alteraciones que les impiden una comunicación fluida de esta fuerza, toda terapia falla lamentablemente. El profundo misterio que representan hasta hoy las sicosis, o los

efectos conductuales de los daños orgánicos, muestran el lado débil, la sustancial debilidad teórica, de toda la Psicología moderna. Cuando el problema es adaptar desadaptados se tiene ya no el apoyo de una u otra teoría, sino más bien el del conjunto de la presión social, que el psicólogo actualiza con sus argumentos de apariencia científica. Cuando el problema es entender y tratar la alteración conductual profunda, refractaria a la presión de todo tipo, fallamos de manera lamentable.

¿Qué agrega hoy el carácter científico a este panorama?: autoridad. Pero, en el plano teórico, en la consideración que se pretende por sobre la contingencia, ¿qué agrega?: escolástica.

A la manera de los teólogos medievales, que vivieron la escolástica de la Fe Universal, las ciencias sociales constituyen hoy la forma escolástica de la racionalidad científica. En sus discusiones, tal como en el siglo XII, se abre el espacio para una nueva racionalidad, para un nuevo intento de entender al hombre y la sociedad. En este nacimiento de nuevas coordenadas la pretensión científica es el pasado necesario que hay que asumir e integrar.<sup>4</sup>

Toda forma de la razón es histórica. Tiene su origen en el hombre y, cuando las relaciones entre los hombres cambian, tiene su fin. Las diversas formas de la razón no se reemplazan simplemente unas a otras. Lo que ocurre es, más bien, que se acumulan, se integran a formas más amplias, que expresan el dominio más amplio del hombre sobre sus productos. Las formas de la razón son vividas de manera absoluta como la verdad. Sólo desde más allá, en la historia y en las relaciones sociales, es posible descubrir sus límites, su precariedad y su grandeza.

12. Pero toda forma que se ha vivido como verdad se resiste a morir. El nacimiento de una forma nueva se desarrolla siempre al interior, doloroso y dogmático, de la crisis de la antigua. Este proceso de

---

<sup>4</sup> Los científicos aprenderían bastante de sí mismos si asumieran hasta qué punto la universalidad, la necesidad de la legalidad, la unidad material del mundo, la importancia central del hombre como testigo privilegiado de la naturaleza, han sido heredados de la Fe, que se supone que reemplazaron completamente. De la misma manera otras tantas características resultan heredadas de la Filosofía Griega, que suponen doblemente superada.

descomposición, en el estado en que no se percibe aún como descomposición, sino, de manera dogmática y compulsiva como verdad, es lo que puede llamarse escolástica. Si hay algo que falta visiblemente en los filósofos clásicos que dieron forma a la racionalidad moderna es la compulsión y el dogmatismo.

Vivieron confiadamente la racionalidad que creaban como si estuvieran descubriéndola, como si fuera objetiva. No necesitaron del método: sus consideraciones metódicas son sorprendentemente escasas y frágiles. No necesitaron de disciplinas: fueron capaces de ver al hombre de manera global. No necesitaron del argumento de autoridad: hicieron uso de su recta razón. No intentaron "terapias". Sólo quisieron comprender el mundo como era, como si no pudiera ser de otra forma. Cuando al fin comprendieron que el mundo podía ser producido completamente por la voluntad libre y racional propusieron maneras radicales y globales de transformarlo: nunca pensaron que las pequeñas terapias podían acumularse hasta conseguir cambiar el todo.

Pero cuando comprendieron esto, la modernidad en su conjunto se sintió en peligro: los filósofos habían engendrado ideas que la cuestionaban de raíz.

Postulo que las disciplinas de las Ciencias Sociales aparecieron en la historia moderna para conjurar ese peligro.

Santiago, 8 de Marzo de 1991.-

## II. Teorías y Sistemas en Psicología:

1. Toda cultura humana ha tenido una idea acerca de los contenidos y las posibilidades de la mente y la conducta de los hombres. La Psicología, como disciplina científica, sólo es pensable, sin embargo, en la cultura moderna. Lo que llamamos modernidad implica un concepto del mundo, del sujeto, de la sociedad, que llena completamente el discurso y la acción convirtiéndose, de hecho, en el fundamento de las disciplinas científicas, a las que muchos pretenden poner por sobre todo fundamento.

La Psicología es, en general, el discurso moderno sobre el sujeto. Los contenidos del discurso de la Psicología tienen su objeto en las características que se atribuyen a este sujeto e, incluso, en la idea misma de que haya tal sujeto: individual, racional, actuando en sociedad, movido por sus pasiones. Describir, e intentar comprender, el discurso psicológico exige, entonces, moverse en un doble plano: el del discurso propiamente tal y el del objeto sobre el que ese discurso actúa.

¿Cómo seguir, sin embargo, la historia del sujeto "real" si el discurso lo cubre todo, si sólo actuamos y conocemos desde y en ese discurso?..

2. La idea de describir las Teorías y los Sistemas de la Psicología no puede consistir en una simple descripción de una serie desconectada de Teorías que se consideren las más relevantes: ¿quién podría

decidir cuáles son las más relevantes?. No puede consistir tampoco en una mera descripción de TODOS los sistemas: ningún plazo razonable permitiría hacerlo. Por otro lado, tampoco podría consistir en una simple descripción: aparentemente lo más relevante es comprender esas teorías en su fundamento y, lo principal sin duda, comprender la relación de unas con otras.

La idea principal de un curso posible debería consistir en intentar una visión comprensiva del desarrollo de las distintas vertientes del discurso psicológico, sus fundamentos epistemológicos, sus relaciones mutuas, sus relaciones con el discurso general de las Ciencias Sociales, con el fondo filosófico del cual proceden.

3. Sin embargo, hay dos cuestiones en el fondo que deben ser atendidas: una es el hecho de que todo este discurso esté enclavado en la racionalidad científica moderna, otro es que tras el discurso parece haber un sujeto real respecto del cual el discurso puede ser más o menos adecuado.

El primero de estos problemas implica que deben seguirse al interior de las teorías en Psicología las oscilaciones históricas que ocurren en la racionalidad científica en general, de las que la Epistemología moderna ha dado cuenta en forma profunda: el privilegio de las observaciones o el de las hipótesis, el acento en la clasificación o en la construcción de modelos, la confianza limitada a las inducciones o extendida a la defensa de construcciones teóricas. Más allá de la simple combinatoria ecléctica que nos presenta la metodología, la Epistemología moderna ha descubierto, tras estas alternativas, modos completos y coherentes de entender la ciencia que afectan profundamente no sólo los estilos de investigación sino, incluso, los mismos resultados, y los modos de juzgar su validez.

Al seguir en cada Teoría psicológica este fundamento diverso, se podría intentar comprender la base profunda sobre la que cada una se valida y critica a las otras. Esta simple diferencia en el fundamento epistemológico permite, desde ya, explicar buena parte de la diversidad en Psicología y, también, algo de la profundidad de las incomprensiones de unas teorías respecto de otras.

4. El segundo de los problemas de fondo es, en cambio, más complejo y difícil. No tenemos más noción del sujeto real que habría tras el discurso psicológico que ese mismo discurso. Si esto es así pareciera que el problema de la adecuación de la Psicología a su objeto real conduce al círculo metodológico de que no hay más juez de esa adecuación que los propios criterios de la Psicología. Es necesario poner más atención y cuidado a este problema.

a) Según una Epistemología simple (simplísima), la ciencia no es sólo un discurso sino la forma misma del conocimiento correcto o, al menos, la manera correcta de acercarse al conocimiento de lo real todo lo que se quiera. En esta idea simple hay un sujeto que conoce, claramente establecido e indudable, un método correcto, también claramente establecido, y un objeto por conocer, cuya independencia y objetividad es indudable. Desgraciadamente tanta claridad y simpleza ha sido imposible de fundamentar y defender, tanto en la historia de la filosofía moderna, como en la de la tradición de la Epistemología que ha pretendido encontrar el Método Científico correcto.

Lo que ocurre, en cambio, es que la ciencia aparece cada vez más como una racionalidad determinada, históricamente acotada e, incluso, en su mismo interior, con más de una formulación posible, y con un devenir histórico constatable. Frente a la ciencia, cada vez más, otras formas de conocimiento muestran sus ámbitos de validez, su coherencia interna, sus propias miradas sobre lo "real". Los tiempos del cienticismo puro han pasado. Hoy ya estamos obligados a preguntarnos sobre la relación de adecuación efectiva de la racionalidad científica, en todas sus formas, y su objeto. Este punto de partida despeja, al menos, parte del problema y lo pone en sus verdaderos términos.

b) Pero el problema sigue allí: si la ciencia es toda una visión de mundo ¿no es un círculo juzgar su adecuación según los propios criterios de la ciencia?.

Hay una Epistemología, muy de moda, según la cual este problema debe resolverse apelando a un método que pueda ponerse más allá de la ciencia. Se dice, una "metaciencia". El ideal aquí,

nuevamente, soñado una y otra vez, en distintas claves, en toda la época moderna, es el de encontrar un método correcto de acercamiento a la realidad, sólo que ahora ya se sabe que éste no es la "ciencia", de la que se empieza a hablar casi en diminutivo, sino esta "metaciencia" que viene, por fin, a poner auténticamente al sujeto armado, ahora sí, de un instrumento eficaz, frente al objeto, que ya no podría resistirse.

Sería bastante largo explicar por qué no creemos que tal proyecto sea posible. Desde luego es sospechoso que su pretensión sea la de toda otra visión de mundo anterior, las que, sucesivamente hemos llegado a encontrar limitadas o erróneas. Pero, más allá, es sospechoso el intento de reducir todas las formas de la verdad a una manera de conocer que las supera y muestra como limitadas y erróneas. En último término tal forma de conocer no tiene sino sus propios parámetros para calificar o descalificar a las otras.

c) Sin embargo, es posible que una descripción de las Teorías y los Sistemas de la Psicología no tenga que resolver directamente este problema tan complejo. Pero esto es posible sólo si entendemos cuál es el problema, y si entendemos que en nuestra alternativa no sólo nos limitamos a eludirlo sino que lo resolvemos de manera tal que nos haga posible trabajar con él, considerándolo, teniéndolo permanentemente en cuenta.

La idea general es que no es necesario intentar buscar un sujeto "real" tras el discurso, como si hubiese un observador, un objeto y un discurso sobre el objeto, distintos entre sí, sino que es posible, más bien, buscar el objeto en el discurso mismo, como si coincidiera con él y, por otro lado, buscar al hablante, al observador pretendido independiente, también en ese discurso que, entonces, no revela la conexión entre objetos preexistentes, sino el acto de la cocreación del sujeto y del objeto.

5. El programa de describir las Teorías y los Sistemas psicológicos debe, por su formulación misma, versar sobre el discurso de la Psicología. Pero, si no hay una ciencia indudable, si la pretensión de una "metaciencia" es sospechosa, si es posible formular las cosas de una manera más compleja, entonces puede ser un programa que trate a la Psicología como discurso, es decir, que trate a la Psicología ya no

sólo como la información real y verdadera que un sujeto tiene sobre un objeto dado, sino como un lugar en que puede revelarse la cocreación de este sujeto, el que hace teorías psicológicas, y ese objeto, el sujeto real que conoce y produce.

Si la Psicología fuese una disciplina científica dotada de un canon único, consensual entre sus profesionales, sin grandes problemas de validación, toda esta complejidad quizás no sería necesaria. En ese caso, como parece ocurrir en la Física, no cabrían grandes discusiones sobre el objeto de la disciplina, ni sobre las diversas perspectivas que los psicólogos observadores pueden introducir en su concepto. Habría un objeto indudable, el hombre como tal, su conducta, su mente. Habría un método indudable, la ciencia o, quizás, la "metaciencia". Casi está demás decir que no tenemos, en toda la historia de la Psicología, nada de eso. Pues bien, ¿cuál es nuestra alternativa?: debemos limitarnos a describir una teoría junto a la otra?, ¿debemos escoger la que nos parezca más científica?. Es necesario tener en cuenta que este es el problema concreto e inmediato al que apuntan estas reflexiones.

6. Lo que propongo es tratar a la Psicología como discurso de y sobre el sujeto moderno, implica intentar descubrir en la diversidad de Teorías un indicio de la diversidad de este sujeto mismo, tanto como hablante como objeto. La Psicología revela cómo ha sido el sujeto moderno, cuáles han sido sus oscilaciones y sus alternativas, cómo ha devenido históricamente.

Bajo este criterio toda diversidad y todo cambio en el discurso psicológico se revela como reacción, consciente o no, ante los cambios materiales en el sujeto. Así la diversidad adquiere pleno sentido: no necesitamos escoger entre una teoría y otra (al menos en este curso) sino, más bien, comprender los aspectos que recogen y que revelan, como en un caleidoscopio, los distintos aspectos de la práctica real de la modernidad y el lugar de la Psicología en ella. Así el devenir en Psicología no resulta un cambio de lo inadecuado a lo adecuado (criterio que nos obliga sutilmente a escoger lo nuevo sólo porque es nuevo) sino, más bien, resulta revelador de un cambio en el objeto mismo.

7. Las consecuencias metodológicas que este criterio implica para la formulación de cualquier Programa que se proponga describir las Teorías y los Sistemas psicológicos son las siguientes.

a. Considerar a las teorías más en su relación que en su autonomía simple. No una al lado de otra en una sucesión inorgánica, sino un tratamiento conjunto y relacionado.

b. Considerar a las teorías en sus fundamentos epistemológicos, más que en sus consecuencias técnicas atendiendo a su coherencia interna primero y luego a las críticas que reciben unas de otras.

c. Descubrir en cada teoría el tipo de hablante que la sostiene, su raíz filosófica, su postura práctica, su lugar histórico. Por otro lado es necesario un ejercicio similar con el sujeto sobre el cual se construye: qué sujeto supone, con qué características, con qué dinámica interna y práctica.

d. Seguir el devenir de cada sistema primero por sí mismo, luego en relación a los otros; primero bajo sus propios patrones de validación, luego visto desde las críticas que pueden formularle los otros.

e. Comprender la tradición de la Psicología como un conjunto orgánico que deviene junto a su objeto, que reacciona ante sus cambios, que reacciona ante los cambios en la racionalidad científica que actúa como su base.

8. Estas consideraciones introductorias procuran, justamente, poner completamente al descubierto cuáles son las opciones bajo las cuales podría ser concebida una descripción. Es necesario, sin embargo, un último comentario especial. El ordenamiento pedagógico de los contenidos y el intento de ofrecer una visión comprensiva del conjunto del desarrollo de las Teorías, obliga a ordenarlas de una manera nueva, quizás distinta de los ordenamientos clásicos; esto hace, por ejemplo, que sea necesario considerar el tratamiento de las Teorías que han puesto especial énfasis en la experimentación de manera conjunta, incluyendo aquí al conductismo clásico, al neoconductismo, a las nuevas formulaciones del conductismo clásico

y al enfoque piagetano, justamente para mostrar las diversas ideas de ciencia que presiden la construcción de cada una. De la misma manera consideramos en un mismo conjunto a las Teorías psicoanalíticas, tratando de mostrar el origen epistemológico de sus diferencias. De la misma manera, será necesario agrupar a las Teorías de tipo humanista, como la Psicología Comprensiva, la Psicología Existencial, las teorías personalistas y de desarrollo humano, incluyendo aquí el enfoque gestáltico. Es necesario agrupar, por último, un conjunto de enfoques nuevos surgidos desde los años sesenta, como los basados en la lingüística, en la cibernética, en la Teoría General de Sistemas o en la Biología del Conocimiento.

Por cierto, estas agrupaciones no pueden ser consideradas una clasificación y no tienen más objeto que el ordenamiento pedagógico de los contenidos. Es evidente que cada una de estas Teorías ha podido ser relacionada además con cualquiera de los otros enfoques globales que hemos propuesto en nuestro ordenamiento (hay psicoanalistas que han puesto un gran énfasis en la experimentación, hay frecuentes relaciones entre las Psicologías existenciales, fenomenológicas y el psicoanálisis, el enfoque piagetano ha sido relacionado con todas las vertientes del pensamiento psicológico, etc.).

Santiago, 25 de Febrero de 1991.-



### III. Paradigmas en Psicología:

1. Quizás hubo un tiempo de paradigmas relativamente estables y consagrados en que era posible creer que los sistemas de la Fenomenología, el Conductismo y el Psicoanálisis bastaban para dar cuenta de la diversidad teórica de la Psicología.

Esta creencia, tal como ha sido descrita en la teoría de Thomas Kuhn sobre los paradigmas científicos, se encontraba firmemente arraigada en la comunidad y era reproducida a través de manuales y textos ejemplares. Cuando se quería explicar a los estudiantes cuáles eran las corrientes principales, los escritos de Skinner, las conferencias de Binswanger, la Introducción al Psicoanálisis de Freud, actuaban como textos básicos. Estos eran reforzados de manera eficiente por manuales sistemáticos como los de Marx y Hillix, Benjamín Wollman o Edna Heidebreder, de muy amplia difusión internacional.

Más de una generación de psicólogos se formó y desarrolló su labor en estos marcos paradigmáticos y aprendió, consecuentemente, a nombrar sus aportes en ellos, con sus palabras, en un cierto entendido general acerca de qué es lo que puede llamarse conductismo o psicoanálisis u orientación fenomenológica.

Esta conducta institucional, que no es sino parte de la constitución de la psicología como saber, tiene, por cierto, un profundo efecto sobre el desarrollo de las teorías. Desde luego establece el marco de legitimidad dentro del cual serán posibles las innovaciones. Establece

qué es lo que se entenderá por una formación adecuada de los nuevos profesionales. Establece los grandes lineamientos sobre los que, por un tiempo que va mucho más allá de los que habitualmente se piensa, se encaminarán las nuevas ideas.

Desde luego no es necesario para la constitución de un saber que lleva semejantes nombres - Conductismo, Fenomenología, Psicoanálisis - que sus contenidos sigan fielmente las ideas que es posible encontrar en sus creadores reconocidos - Watson, Jaspers o Binswanger, Freud -. Vistos con una cierta perspectiva histórica se puede encontrar en ellos verdaderas recreaciones, con frecuencia bastante profundas del sentido original de sus sistemas. Así resulta con frecuencia que Watson es visto a través de Skinner, Freud a través de Klein o Anna Freud o, incluso, se pueda presentar confundidos a Binswanger, y Rogers o Maslow. Todo esto no es sino otra muestra de que la formación de los futuros psicólogos es un evento más institucional que teórico, y no puede resultar sorprendente entonces, a los amantes de la teoría, la falta de referencia a los autores en sus textos originales o la preferencia por problemáticas que no siempre son las que dieron sentido a la obra que marcó el inicio de una tradición teórica.

Pero esta institucionalidad será seriamente puesta en duda en las épocas en que los paradigmas consagrados muestren ya sus límites y se desarrollen paralelamente nuevas perspectivas. Para todos es hoy indudable que los años 60 y 70 fueron una época de crisis de este tipo. Los manuales ejemplares están hoy, pues, en duda, y considerando que ya estamos en 1996, no se puede dejar de pensar que esta constatación llega a nuestras Escuelas con algo así como diez (!) años de retraso.

2. Desde luego, hoy ya no es posible sostener que aquellos tres grandes sistemas dan cuenta de la diversidad de la Psicología. Conductistas que creen que sólo se puede comprender el área afectiva recurriendo al Psicoanálisis, psicoanalistas que esperan actuar directamente sobre la conducta, fenomenólogos que han pasado de Husserl a Wittgenstein o Saussure, prácticas basadas en la Teoría de Sistemas, en una inspiración oriental, en el extremo liberalismo, en la biología o en las necesidades de la vida comunitaria. Nuevos conceptos,

nuevas lecturas de los clásicos, nuevas legitimaciones y, en el fondo, nuevos sujetos que las requieren.

La verdadera explosión de creatividad que significaron los años 60 y 70 (otros tiempos!), fundada en una amplia revolución en las condiciones básicas de la vida moderna, en la emergencia de nuevos tipos sociales, de nuevos mundos de subjetividad y necesidad, sigue proyectando sus profundos efectos sobre nuestro tiempo. En Psicología se asiste a una extraordinaria diversidad de enfoques y prácticas, a una extraordinaria capacidad ecléctica y pragmática para crear puntos de vista, proposiciones terapéuticas, críticas y mezclas del más diverso tipo.

Sin embargo, la gran ola de la creatividad produce- y está fundada en - una enorme incerteza. El ánimo sistemático, que parece ser necesario para la institucionalización, no encuentra respuestas claras a la hora de considerar la diversidad. Los formadores se desconciertan a la hora de estructurar sus programas: ¿Freud, Klein, Fromm, Hartmann, Bion, Winnicott, Reich, Jung, Mahler, Lacan, Fenichel, Rank?. Parece no existir ningún criterio claro para organizar una formación completa. Parece preferible eludir la profundidad en la generalidad y reservarla para la formación posterior en el marco de escuelas acotadas, ahora fuera del marco de la Universidad, a estrechos marcos institucionales. No es raro que se asista por lo tanto, junto a la diversidad teórica, a una variedad casi tan grande de Institutos de distinta fuerza y envergadura que marcan una vida profesional que prácticamente no dialoga, que está llena de querellas profesionales e institucionales, en que existe una permanente y soterrada disputa por la legitimidad general de las soluciones terapéuticas.

3. Aunque los paradigmas clásicos, en los años 30, 40 y 50, tuvieron y desarrollaron soluciones muy distintas al problema de la legitimidad general sí encontraron, en cambio, un punto, al menos genérico, desde el cual examinarlo. Este era el ámbito de lo metodológico.

De acuerdo al a priori de que la legitimidad debía provenir de alguna formulación de tipo científico, cada uno de los grandes sistemas desarrolló una particular idea de lo que podía entenderse por

ciencia - por Ciencia Social, o Ciencia Humana -, y de las consecuencias metodológicas que esto implicaba. Por cierto las formulaciones un poco husserlianas y un poco weberianas de Binswanger obedecen a una lógica muy distinta de la cientificidad propuesta por los conductistas. Sin embargo, nuevamente, la perspectiva histórica reduce las diferencias que algún día parecieron cruciales. A pesar de las muchas discusiones la práctica institucional se encargó de consagrar un ideal de cientificidad bastante definido y, ¿de qué otra manera podría haber sido?, los formadores de psicólogos lo consagraron como la educación correcta. Los psicoanalistas fueron llevados a la preocupación tangible y concreta por la técnica, los fenomenólogos fueron sutilmente alejados de la especulación hacia la caracterología. Un cierto imperativo conductista, paralelo a la hegemonía de la Psicología estadounidense en el mundo, se difundió por todas las Escuelas y fue, como todo paradigma dominante, el blanco preferido de los innovadores de los años 60.

4. Ocurre que hoy no es posible eludir el hecho de que la revolución de las Ciencias Humanas llegó incluso al concepto de ciencia y a la profunda confianza que se tenía en sus virtudes legitimadoras.

Tanto desde el campo humanista, como desde el estructuralismo lingüístico, como desde el enfoque sistémico, o desde el cognitivismo, el ideal clásico medio de cientificidad fue eficientemente desarticulado.

No es posible ignorar el impacto que este evento mayor de la cultura moderna ha tenido en la teoría y la práctica de las Ciencias Humanas. Resulta cada vez más evidente que juega un papel central en la impresión general de falta de certeza y unidad.

No es posible, incluso, subestimar la importancia de la gran oleada de escepticismos de los más diversos orígenes que llenan a la práctica profesional la que, al no poder prescindir de un halo de certeza que la haga eficaz ante sus destinatarios, se vuelve en muchos casos directamente irracionalista o, en otros, se desarrolla en un doble standard en que en las Escuelas se sabe de manera teórica la falta de fundamentos que no se asume en la práctica cotidiana.

5. Hoy es cada vez más claro que la apelación que se hace desde las más diversas fuentes a la epistemología tiene su base en este panora-

ma general de desconcierto, al que se asiste tras una revolución que lo ha cambiado todo sin que las claves de la vida cotidiana y de la coherencia social hayan cambiado suficientemente.

Para los que nos dedicamos a la Epistemología como tradición académica, esta apelación es algo sorprendente. Se tiene la impresión de que se busca en la epistemología una certeza del mismo tipo y que cumpla la misma función que tuvo la metodología. Si por un lado el Método nos decía cómo conocer, el objeto de la Epistemología sería ahora "conocer el conocer" y, de esta manera obtener la ansiada certeza.

Sin embargo, no sólo los epistemólogos académicos se dan cuenta hoy de que esta pretensión no tiene ni eficacia ni fundamento sino que, incluso, se asiste a un panorama en que los diversos intentos de "conocer el conocer" emprendidos, conducen a que o no hay certeza en absoluto, o lo que se puede llamar certeza sería un saber sustancialmente más débil que el que esperó cualquier proposición metodológica.

Hacer Epistemología en Psicología no puede ser una tarea ni equivalente, ni sustitutiva, ni paliativa, a los intentos de la Metodología. Pensarlo de esta manera es, simplemente, no asumir en absoluto la profundidad de los resultados, obtenidos desde las más diversas perspectivas que se han impuesto a la conciencia teórica desde los años 60. El desafío planteado por la falta de unidad teórica e institucional debe enfrentarse, y de hecho tiende a resolverse, por vías completamente distintas. Esto no es ninguna novedad. En realidad los problemas teóricos e institucionales rara vez se resuelven por medios teóricos. Lo que suele ocurrir es exactamente lo contrario: son las soluciones institucionales las que dictan los límites y realidades efectivas de las teóricas. Una vez que esto ocurre, no pasa nunca demasiado tiempo hasta que se encuentran las fórmulas metodológicas que las consagran y reproducen. El que esto no haya ocurrido hasta hoy no es, por cierto, una muestra de falta de imaginación teórica, que es algo que se ha derrochado sobradamente, sino de que los problemas institucionales profundos, y la base social bajo la cual tienen sentido, no han encontrado por sí mismos su punto de estabilidad.

6. Sin embargo, si hay alguna época en que vale la pena hacer Epistemología de la Psicología es esta. Justamente la falta de unidad, la diversidad escasamente censurada, la falta de certezas atemorizantes, permite observar de mejor manera, si se tiene la vocación universalista necesaria, las constantes que muestran una unidad más allá de la conciencia explícita, que muestran el sentido profundo de lo que ha ocurrido desde la gran época de los años 60.

Una mirada epistemológica debería permitir hoy descubrir las articulaciones que vinculan a los diversos enfoques más allá de sus propios discursos. Debería permitir examinar las constantes que caracterizan el estado actual de la teoría y relacionarlas con las que han constituido históricamente la disciplina y, más generalmente, al concepto moderno del hombre y la sociedad.

Estamos ante una oportunidad en algún sentido única: no hay ninguna ortodoxia realmente dominante. Ya la habrá ...

7. Es ante esta oportunidad y ante esta situación concreta que podemos hacer algunos planteamientos que forman parte de la base de contenidos de un Curso posible en torno a los Paradigmas Psicológicos.

En primer término, la importancia de la perspectiva histórica. Hubo Psicología desde mucho antes de la constitución explícita de la disciplina. Más que una tradición institucional o legal el objeto de una Epistemología de la psicología no es sino la idea de la subjetividad que se ha desarrollado, de muchas maneras, en el mundo moderno. Esto hace necesario, para tener una visión realmente profunda, examinar lo que la filosofía clásica de la modernidad dijo sobre el problema. Al hacerlo es posible trazar la línea de desarrollo de un conjunto específico de problemáticas que se han replanteado una y otra vez, bajo distintos discursos, en cada época.

En segundo lugar, la conciencia que esta convicción sobre la unidad conceptual profunda de la historia teórica de la Psicología implica, debe llevar a un esfuerzo por ir más allá de las diferencias en los discursos y más allá de las querellas entre escuelas. El resultado es el de descubrir parentescos y diversidades muy distintas de las

formalmente reconocidas que permiten explicar de una forma mucho más eficiente lo que está en juego en las discusiones de fundamentos.

En tercer lugar, la idea de que es posible ordenar la práctica y la teoría en torno a un conjunto de problemas que caracterizan históricamente el desarrollo conceptual de la disciplina. La idea de sujeto, que se presenta como su objeto propio. La idea de lo psíquico y sus relaciones con lo orgánico y lo social. La importancia fundante del lenguaje. El problema de la libertad y el proyecto vital. La conducta como evidencia de lo que se considera centro de lo psíquico. Las diversas apelaciones al historicismo, al estructuralismo o al enfoque sistémico comparados entre sí. La interrelación entre los ámbitos teóricos e institucionales en la historia de la disciplina.

8. El valor formativo de un Programa fundado en las consideraciones anteriores nos parece mayor y más eficaz que el de un Programa que se proponga simplemente dar cuenta de las teorías concretas desde sus propios discursos, sin la mediación de la crítica epistemológica.

No puede haber, sin embargo, sobre todo en una época falta de certezas, ninguna afirmación realmente definitiva al respecto. La Epistemología ni reemplaza ni ayuda a la certeza epistemológica que se pretendió obtener de la metodología clásica. Lo que podemos obtener son, simplemente, alumnos algo más críticos, que no se hacen cargo fácilmente de queréllas discursivas, que conocen con mayor profundidad los fundamentos que dan sentido a su profesión. Pero todo esto, de lo que resulta tan fácil decir que es tan bueno, ¿es realmente algo definido?.

Si se piensa con detenimiento es fácil darse cuenta que no. Lo que podemos obtener son sólo un conjunto de actitudes muy saludables para empezar a pensar, pero ninguna cosa que realmente sea un contenido positivo. Salvo de una manera genérica ni las teorías, ni menos, la práctica terapéutica, pueden ser influidas por una reflexión de vocación casi filosófica que se alegra más ante la universalidad y la coherencia que ante la eficacia. No hay una manera definida de beneficiar al desarrollo de la teoría de la forma consciente, racional y metódica que se propuso la metodología clásica. Esto también es parte

de las consecuencias a las que debemos enfrentarnos en virtud de la lógica propia de nuestras proposiciones.

Pero la coherencia, pero la universalidad, pero la maravilla de la razón que comprende y crea ¿necesita que la eficacia la respalde?. No. Parte de nuestras convicciones básicas, sin las cuales tendríamos muy poco que decir en un curso universitario, consiste en que con la belleza de la razón ya es suficiente.

Santiago, 24 de Enero de 1992.-

Algunas Notas, a modo de post data, sobre la enseñanza de la Psicología y los problemas epistemológicos que implica:

## 1. LA DISCUSIÓN CIENTÍFICA:

El que la Psicología sea una ciencia, si se tiene en cuenta el saber acumulado en la tradición de la Epistemología Moderna, no puede significar que tenga un Método único, reconocido de manera uniforme por los profesionales que la practican. Ninguna ciencia posee algo semejante. Lo que impera realmente es más bien una diversidad de paradigmas que establecen no sólo qué se entiende por objeto y problemática propia de la disciplina sino, también, qué tipo de preguntas y qué tipo de procedimientos son aceptables, qué tipo de respuestas se consideran legítimas, qué debe considerarse como "realidades básicas", a partir de las cuales construir las respuestas a problemas concretos.

La observación de esta particular manera de constitución de las ciencias permite constatar que, no sólo en el caso de la Psicología los paradigmas son, en general, inconmensurables entre sí, es decir, no comparten, respecto del núcleo más interno de sus teorías, un conjunto de saberes que les permitan la confrontación racional y empírica con que soñó la metodología clásica, y aún sueña el sentido común. La situación real es que ante las discusiones de fundamentos los Psicólogos, como todos los demás científicos, carecen de los consensos básicos que permitan mostrar, sobre un terreno neutral, cuál de los paradigmas en torno a la subjetividad es realmente más eficaz y explicativo que los otros.

No es un misterio el que cada sistema pueda explicar, al menos potencialmente, todo el campo de hechos observados. No es un misterio que cada estilo terapéutico pretenda alcanzar ciertos éxitos ejemplares que lo avalan, ante los cuales no es posible ejercer una crítica efectiva desde el marco de las otras teorías. No es un misterio que, incluso, la misma idea de que los éxitos terapéuticos avalan los sistemas psicológicos que los proclaman puede ser puesta en duda,

tanto porque nunca es posible correlacionar con precisión las teorías y los efectos concretos que parecen deducirse de ellas, como por el que los procedimientos clínicos, o terapéuticos, en general, no agotan el conjunto de prácticas psicológicas posibles.

Ante esta situación, que para el sentido común parece desastrosa, es bueno hacer algunas reflexiones que moderen nuestras angustias metodológicas.

En primer lugar es bueno constatar que esta es una situación que no afecta ni particularmente, ni de manera especial, a la Psicología. Todas las ciencias se constituyen de la misma manera.

En segundo lugar es necesario decir que hay, y de manera real, espacios en los que la discusión teórica y empírica es posible. Por cierto que tiene sentido, y que es posible, discutir en cualquier ciencia. El punto no es la imposibilidad de la discusión sino sus ámbitos, sus límites, sus épocas.

Es posible discutir, y se discute de hecho, en el ámbito periférico, en aquello para lo cual ninguna teoría cree tener respuestas adecuadas aún. En Psicología el ámbito por excelencia es, por cierto, el de la psicosis, y es interesante observar cómo los posibles avances que se hacen, o se creen hacer aquí son esgrimidos por las teorías como puntos fuertes, que dan una mayor autoridad a sus elaboraciones.

El límite más obvio de la discusión teórica está en el ámbito de los fundamentos. No sólo los sistemas, también las diversas prácticas en Psicología, son aquí abiertamente inconmensurables. Sin embargo, este también es un tipo de problemas que se discute mucho pero, ahora, al interior de cada paradigma. Lo que no se produce de manera real de un sistema a otro, sí se produce, en cambio, al interior de cada uno. La razón de esto es, en principio, simple. Ocurre que los profesionales que comparten un paradigma no comparten, en realidad, un conjunto de respuestas definidas y únicas sino, más bien, un conjunto de problemas que se consideran relevantes y en torno a los que vale la pena investigar. Un tipo posible de estos problemas son los problemas de fundamento. No en el sentido de que todo pueda ponerse en duda desde la raíz, sino en el sentido, mucho más realista, de que la

clase de respuestas que se esperan es común, compartida, aunque no se haya encontrado un conjunto de formulaciones que pueda ser unánimemente aceptable. Esto no es imposible. Frecuentemente en la ciencia se asiste a consensos definidos, ejemplares que de alguna manera completan y hacen clásica una formulación. La mecánica clásica es un ejemplo. La tradición ortodoxa del psicoanálisis es otro.

En tercer lugar es necesario indicar que hay épocas en que las pugnas entre paradigmas son especialmente agudas, ya sea en virtud de razones internas a las disciplinas o por cuestiones externas, relacionadas con el mundo real que expresan y en el que se desarrollan. Parece bastante obvio que los años sesenta fueron una época de éstas. Puede no ser tan obvio que esta época no lo es.

## 2. LA DISCUSIÓN INSTITUCIONAL:

Hay claros límites puramente teóricos en la discusión en torno a los fundamentos en cualquier disciplina científica. Estos pueden resumirse en una palabra a la que hay que considerarla en todo su peso: inconmensurabilidad.

Las ciencias, sin embargo, no son meros conjuntos teóricos. Las ciencias reales son, en un sentido esencial, prácticas institucionales reales. No es claro, en particular en las disciplinas de las Ciencias Sociales, si determinados objetos y métodos dan origen a tradiciones profesionales y académicas, o si no es al revés: las tradiciones institucionales se crean de hecho, se constituyen y estructuran por razones externas y, luego, legitiman su existencia "hacia atrás" a través de querellas de tipo epistemológico.

Es posible obtener esta conclusión no sólo de un examen, en el tiempo y en la práctica efectiva, de cuál es la precedencia real de las disputas y los actos institucionales sino, también, de un análisis puramente lógico de la función que cumple el método en la práctica científica real. Al hacer este examen rápidamente se llega a la conclusión de que en realidad no hay, y quizás no puede haber, un conjunto

de procedimientos que conduzcan de manera segura a la verdad. Se pueden mostrar razones lógicas que apuntan en esta dirección, se puede desarticular de manera puramente lógica toda proposición metodológica hecha hasta ahora, en lo que tiene de pretensión de verdad. Esto significa que el método científico no es, en realidad, la fuente del saber científico, sino la fuente de su legitimación. No es la manera como se descubre algo, sino la manera como llega a ser creído. No la fuente del saber sino, más bien, la de la autoridad.

Es fácil notar que en la constitución de las disciplinas, y de los paradigmas al interior de cada disciplina, los problemas epistemológicos son usados de esta manera. El problema de los fundamentos es invocado como argumento en la constitución de un saber alternativo, pero siempre a propósito de la constitución de un espacio institucional alternativo.

Es obvio, si esto es así, que las discusiones de fundamento entre institucionalidades diversas no es el campo más apropiado para avanzar algo sobre la verdad. En general lo que se hace en estos casos es discutir una cosa por otra. La falta de un espacio teórico realmente común (eso es justamente lo que está en disputa) y la rivalidad académica y profesional llenan el lugar de las discusiones posibles. No es raro en estas circunstancias el desaliento que producen discusiones como éstas, en las que nadie está dispuesto realmente a escuchar a nadie. No es raro que este desaliento desaparezca en la misma medida en que las diferencias institucionales se allanan y que, entonces, las discusiones parezcan muy "productivas". La historia de las relaciones entre los psicoanalistas y los cognitivistas norteamericanos es bastante instructiva al respecto. Si hay algo que impera en ella, vista de manera retrospectiva, es la impresión de que siempre las dificultades mayores fueron falsos problemas. Caemos en cuenta de cómo son las cosas en las comunidades científicas reales cuando nos preguntamos cómo fue posible que toda una generación de hombres inteligentes se enfrascara en problemas que resultaron ser falsos.

Tal como en el caso del carácter inconmensurable de las teorías, es preferible preguntarse por la racionalidad posible de este estado de cosas que llorar permanentemente por las ilusiones imposibles del sentido común.

Las rivalidades académicas y profesionales en que se expresa la actividad científica no carecen totalmente de sentido. Tal como Thomas Kuhn lo ha indicado, la característica que hace posible el progreso científico es, paradójicamente, el dogmatismo con que se defienden las teorías. Todo paradigma es defendido consistentemente de todas las anomalías que lo afectan. Esto permite a los científicos extender el campo de su validez real antes de que la acumulación de anomalías termine por desanimarlos y conduzca a su abandono. Si los paradigmas fuesen refutados por cada ejemplo en contrario que se pueda formular nunca se tendría la oportunidad de extenderlo. Todo paradigma está desde siempre, en esencia, refutado. La cuestión está, sin embargo, en mantenerlo de manera dogmática el tiempo suficiente como para que demuestre para qué sirve realmente, antes de abandonarlo porque de hecho no sirve para todo. Este tiempo no está, en general, determinado por los científicos mismos. Imre Lakatos ha sido convincente en mostrar que la vigencia de los paradigmas (que él llama Programas de Investigación) se extiende mientras puedan anticipar cuestiones empíricas concretas. Cuando un Programa de Investigación es capaz de explicarlo todo, pero incapaz de anticipar nada, tiende a ser abandonado. Al revés, los científicos se cambiarán a un Programa que explique menos cosas que uno ya aceptado si cumple con la condición de anticipar hechos que puedan ser verificados.

En el caso de la Psicología el terreno en que se discuten estas anticipaciones es el de la eficacia de la práctica terapéutica. Es muy importante notar al respecto que la hegemonía de los paradigmas clínicos supone un modelo para el conjunto de la disciplina que debe ser superado por los otros estilos de la práctica profesional si aspiran a convertirse en Programas de manera autónoma y legítima.

De estas sutilezas del proceder científico real importa aquí retener algunos hechos centrales. El primero es que los científicos no tienen por qué saber que la lógica de sus prácticas está construida de esta manera. En general lo que ocurre es que la ignorancia de este fundamento es necesaria y funcional a su éxito. Si los científicos no creyeran que son eminentemente críticos no podrían hacer avanzar sus propias teorías. Si lo fuesen realmente las abandonarían antes de

que pudieran demostrar que sirven para algo. El método científico es más bien la conciencia que la esencia de la ciencia. Y, como toda conciencia, es una conciencia enajenada. Al descubrir las raíces de su enajenación podemos hacerla explícita pero, como en toda enajenación, el acto de conciencia de explicitarla no tiene por qué coincidir con el acto real de su superación. La necesidad y el sentido de la enajenación de la conciencia científica tiene que ver con las características del mundo en que se desarrolla la ciencia real. Su superación requeriría de la superación de ese mundo, tarea que, siendo un ideal loable, no es estrictamente necesaria para que hagamos lo que se pueda dentro de las condiciones dadas. Afortunada o desgraciadamente la revolución no es lo único que se puede recomendar para mejorar la práctica de la ciencia y, menos aún, la tarea de su enseñanza.

El segundo hecho relevante que es necesario retener es el claro límite que este estado de la práctica científica real le pone a lo que podemos esperar de las discusiones de fundamentos. Este límite es más notorio en el problema de la formación de científicos y profesionales que en ningún otro ámbito.

### **3. LA DISCUSIÓN ACADÉMICA:**

Desde luego la formación de profesionales tiene que estar atravesada por la existencia de paradigmas y de instituciones científicas efectivas. Lo que se discute en los fundamentos de un proyecto académico es siempre cuál es la diversidad tolerable dentro de la cual se quiere formar a los estudiantes. La Universidad no puede ser, de hecho, un lugar Universal (quizás esa "Universalidad" sea una simple abstracción). Lo que se puede hacer, y se hace, es defender la "mayor universalidad posible" e, incluso, dentro de ella, es plenamente legítimo proponerse líneas de trabajo concretas que, sin pretender ser excluyentes, se consideran de desarrollo prioritario. Una Carrera de Psicología puede proponerse formar Psicólogos Clínicos, otra Laborales, otra Sociales, sin que el ideal de la Universidad sufra demasiado.

En cada una de estas opciones, sin embargo, coexisten modelos de práctica profesional, paradigmas teóricos que las expresan. El problema de la discusión académica puede acotarse pero no se puede suprimir ni siquiera en el mejor sentido de la palabra. Aún en los grupos que parecen más consistentes, la discusión que expresa las tendencias institucionales centrífugas, es un espacio de disputa no sólo teórica sino que, también institucional.

El problema es particularmente relevante en el Pre Grado de una Carrera que es, naturalmente, un lugar de "formación general", es decir, un lugar en que ningún sistema teórico, ni ningún grupo profesional, puede arrogarse fácilmente el predominio. La discusión académica puede ser un interesante lugar de confrontación (académica) si se tiene conciencia de estos límites, o un decepcionante lugar de rivalidades si se opera desde el punto de vista de legitimidad y la verdad.

#### **4. EL PROBLEMA DE LOS ESTUDIANTES:**

En una Carrera profesional no todo tiene que ver con la diversidad y la universalidad. Necesitamos formar Psicólogos amplios en su tolerancia, críticos en sus concepciones, pero necesitamos también guiar, orientar, ubicar, a los futuros profesionales en ámbitos institucionales en que puedan desempeñarse de manera legítima y exitosa. Por un lado quisiéramos llenarlos de dudas y capacidades críticas, por otro lado tenemos que decirles "cosas concretas", cosas que parezcan verosímiles, que parezcan eficaces, que sean alternativas reales de su ejercicio futuro.

Los estudiantes no pueden formarse como profesionales si no pasan por cursos en que se les enseñe a pensar críticamente, en que se les planteen profundas dudas acerca de los fundamentos de las teorías que usarán luego como base de su práctica (o, al menos, de la legitimidad de su práctica). Pero no pueden ser profesionales efectivos, científicos reales, si no resultan involucrados en un paradigma

concreto, en un lugar institucional específico, en una manera concreta de proceder, en un conjunto de convicciones básicas en las que creer.

Hay un tiempo, en la formación, para dudar. Hay un tiempo para dejar de dudar y ser eficaz. Sólo los que creen que tienen razón pueden aspirar a ser eficaces. Si llegan a serlo, sin embargo, no necesariamente es porque la tenían. En particular en Psicología la eficacia del Psicólogo no se sigue claramente de la verdad de su teoría. Los Psicólogos pueden perfectamente ser eficaces a pesar de sus creencias en virtud del lugar social que ocupan, o de la convicción con que aparecen, o de las esperanzas que se depositan en ellos. La relación entre el saber y la técnica psicológica es bastante compleja y, sin embargo, algo parece ser seguro: los profesionales de la Psicología, más que otros, necesitan creer que tienen razón. El deber de los que los forman es, entre otras cosas, ofrecer este tipo de seguridades. La paradoja de esta tarea es que debe pasar, en algún momento, por la tarea de poner en duda.

## **5. UN PARÉNTESIS PARA LA PARADOJA:**

Las mejores y más firmes convicciones son hijas de dudas vencidas.

Los jóvenes pueden darse el lujo de dudar, los adultos deben saber.

Los jóvenes dudan en general, los adultos dudan en los ámbitos en que es correcto dudar.

Los jóvenes no saben lo que quieren, los adultos saben qué se debe querer.

El saber surge de la convicción con que se persiguen ideas previas. El saber de lo que es, el saber de lo que no es.

El saber surge, como la riqueza, del saber. De la duda, como de la pobreza, no surgen más que dudas.

No se sabe sólo lo que es, todo saber es en el fondo saber sobre lo que debe ser.

Cuando los adultos y los ricos discuten acerca del saber en realidad discuten acerca del deber ser. No nos dicen qué es y qué no es, nos dicen con la forma de "lo que es", "lo que no es", lo que en el fondo creen que deber ser o que no debe ser.

Si los adultos no deben dudar, los Psicólogos menos.

La eficacia del Psicólogo depende de su adulez y de su riqueza, depende, dicho de manera menos mítica, de su lugar social y de la convicción con que lo asume.

Siempre hay pacientes para los Psicólogos eficaces. No porque los Psicólogos sepan realmente muchas cosas, sino porque la Psicología no es sino el discurso de esos pacientes.

No hay una sola Psicología porque no hay un solo tipo de pacientes. No hay un solo tipo de pacientes porque no hay un solo tipo de sujetos. No hay un solo tipo de sujetos porque la sociedad moderna está dividida y "fuera de sí".

Lo que el Psicólogo sabe, cuando es eficaz, es a qué lugar de la sociedad moderna pertenece. Lo sabe de hecho. No necesita, y quizás no puede, saberlo explícitamente.

Los estudiantes que quieran dudar acerca de lo correcto deben dejar de dudar en general. Deben aprender "cómo son las cosas". Pueden dejar de dudar en general si tienen la habilidad de ubicarse en el lugar a que pertenecen. O si tienen la valentía de ubicarse en el lugar que deben.

Dejar de dudar es necesario, pero no es un deber absoluto. No se trata de dejar de dudar, se trata de dudar acerca de lo que corresponde.

Para ser un científico efectivo, un profesional efectivo, un adulto efectivo, es necesario dudar sólo acerca de lo que corresponde.

Nuestro deber como formadores es hacer posible el momento de la duda en general y ser capaces luego de conducirla hacia la duda

acotada. Queremos estudiantes productivos pero no anárquicos. Queremos profesionales eficaces, pero no inmóviles.

Un lugar para dudar en general, otro lugar para ubicarse en un mundo concreto. La Universidad tiene estas dos obligaciones, no puede eludirlas. En eso consiste su sentido real.

La verdad sólo le preocupa al sentido común. Más allá de él todo es un poco más complicado.

Santiago, 10 de Diciembre de 1992.-

*el sueño de los justos la trivialidad de los normales.*

## **IV. Sobre algunos vicios que entorpecen la discusión teórica en Psicología:**

### **A. INTRODUCCIÓN:**

#### **1. Escepticismo y enseñanza de las Ciencias Sociales:**

En varios de mis cursos universitarios me he propuesto la tarea de examinar los fundamentos epistemológicos de las diversas posturas en la tradición académica y práctica de la Psicología. Espero mostrar, comparar, discutir, criticar, las diversas teorías con el ánimo de producir una reflexión crítica que ayude al estudiante a entender más profundamente las alternativas posibles de la disciplina a la que dedicará su vida profesional.

En varios textos anteriores, en que hemos tratado de fundamentar una nueva orientación para estos estudios, he insistido en las condiciones que se requieren para que una tarea como esta sea posible. Un cierto amor por la verdad, un ánimo desinteresado, una mirada desde el conjunto, desde la trayectoria teórica, desde las relaciones y críticas mutuas posibles, antes que desde perspectivas particulares que se defienden de manera partidaria.

Por cierto que no he sido, ni he querido ser, neutral en la mayoría de los contenidos expuestos. Mi interés no es la neutralidad. De lo que se trata, sin embargo, es que las diversas posturas sean tratadas en lo posible de manera amplia, crítica, no dogmática y, sobre todo, en las

relaciones posibles que tengan más allá de sus disputas históricas e institucionales.

Todo esto, sin embargo, puede resultar entorpecido por un factor distinto de las alineaciones teóricas de cada uno. Puede resultar distorsionado por los efectos que las propias pretensiones de la Psicología como conjunto pueden implicar sobre el conocimiento de la Psicología. Conocer una disciplina desde su propio marco siempre implica problemas epistemológicos particulares. La extrema división del trabajo científico, a partir de la constitución de las Ciencias Sociales como disciplinas, la aspiración omniabarcante que es casi consubstancial a un ejercicio académico de competencia constante, llevan a cada disciplina a toparse con sus propios supuestos como trabas para alcanzar un claro y transparente concepto de sí mismas. Paradójicamente, parece como si la aspiración de toda disciplina por saberlo todo, se convirtiera en el designio de no poder conocerse a sí misma sin dificultad.

Los antropólogos quedan presos del relativismo cultural que requieren para poder entender sus objetos de estudio por sí mismos. ¿Qué universalidad tiene la propia Antropología como saber si sus objetos de estudio parecen mostrarle a cada paso la particularidad estricta e incommensurable de todo sistema de saber?. Los sociólogos quedan presos de la determinación social sobre el conocimiento. ¿A qué sectores sociales representan las teorías que crean?. ¿Respecto de qué necesidades culturales han definido sus criterios de validez teórica?

No afirmo que estos problemas no tengan solución. En realidad cada teoría les da una respuesta que surge desde sus propias coordenadas, desde sus supuestos básicos acerca de la realidad y la posibilidad de conocer. Lo que me importa aquí es mostrar que los problemas que enumero a continuación no son propios de la Psicología. Que se presentan de manera análoga, aunque bajo objetos diversos, en todas las Ciencias Sociales. Tampoco me importa discutir de manera profunda y filosófica si tiene una solución realmente básica y radical. Las ideas que presento a continuación son más bien una defensa del sentido común, sin el cual no es posible ir más allá, hacia la ciencia, sin lo que tampoco es posible ir más allá, hacia la comprensión global.

## 2. Sobre las virtudes posibles del sentido común:

Defender el sentido común no es algo trivial en Psicología, sobre todo porque la Psicología se empieza a poner interesante sólo en la medida en que va más allá, en que lo critica y lo denuncia como ilusión. La idea de que el conocimiento común es ilusorio se presta frecuentemente, sin embargo, para que se postule que, simplemente no hay nada de conocimiento en él. Se asimila con demasiada facilidad la ilusión y la mentira. Se opera como si el develamiento de la ilusión pudiese ponernos directamente en contacto con la verdad. Se olvida que la ilusión tiene contenidos y sentidos que la constituyen como una realidad auténtica, y que la diferencia entre la ilusión y la conciencia de sí se parece más a la diferencia entre una realidad real y otra realidad real que a la que habría entre realidad y falsedad.

Sin entender cabalmente los sentidos que tiene la realidad, que tienen los contenidos del sentido común, no se puede empezar a hacer ciencia. La invitación que hago es epistemológica, pero sólo en un sentido inmediato. También, desde otra perspectiva, podría considerarse una invitación a una cierta actitud moral: alto a la siutiquería, empecemos por dilucidar lo que todo el mundo sabe. Sólo si esta realidad nos resulta insuficiente para dar cuenta de lo que vemos vayamos más allá, hacia las sutilezas que el espíritu humano ha inventado, no sólo para describirse, sino más bien, para ser algo más que lo que es.

## 3. Algo sobre el carácter moral:

El carácter moral de esta invitación deriva, también, de lo que en otros textos he llamado "uso suntuario" de la Psicología. En estos malos tiempos para el espíritu, las virtudes de la razón, de la discusión crítica, del intercambio de ideas ponderado, la pasión por la verdad, son fácilmente escamoteadas por el pesimismo; el nihilismo, el relativismo y, sobre todo, el hedonismo que inunda toda la cultura del consumo. La Psicología, más que una manera de entender la condición humana, se transforma en una técnica para procurar el agrado, una vía para poner en duda la necesidad de salir de sí hacia el otro, una

manera de legitimar la elección irreflexiva y cómoda de la propia subjetividad como objeto central de la vida.

Esta actitud tiene serias consecuencias, por cierto, pero las que aquí me interesan no son, sin embargo, las propiamente morales. Creo, y este es el punto esencial, que tiene profundas consecuencias epistemológicas. Creo, y a esto están dedicadas las consideraciones que siguen, que lo que está en juego es la posibilidad de discutir racionalmente, es decir, de confrontar con algo de sentido a las diversas teorías. Lo que está en juego es la posibilidad de salir del círculo teórico autorreferente y descalificatorio de cada uno para hacer posible su confrontación con algún mínimo de sentido. Salir de las confrontaciones institucionales entre sordos, a veces interesadamente sordos, pero también, a veces, sordos por la naturaleza misma de sus convicciones básicas.

## **B. ALGUNOS VICIOS:**

### **1. La subjetivización de los argumentos:**

Quizás para el lego, si no fuese por el profundo impacto del autoritarismo de la actividad científica sobre la consciencia común, sería muy sorprendente descubrir que en Psicología las discusiones teóricas se convierten muy fácil y frecuentemente en discusiones y enemistades de tipo personal.

Para el que conoce la práctica técnica y académica de las Ciencias Sociales esto no es algo tan extraño. Cualquier historia íntima de la trayectoria teórica de una escuela o postura determinada está llena de incidentes en que un observador relativamente imparcial podría dudar si fueron determinados argumentos los que estaban en juego o, simplemente, disputas de lo más mundanas y prosaicas. Esta situación es perfectamente conocida también por cualquiera que conozca de cerca la historia real de las Ciencias Naturales.

En Psicología, sin embargo, podría haber perfectamente una base teórica para las disputas personales. Lo que quiero decir, por

supuesto, es que podría haber una racionalización mucho más pretenciosa y profunda que la que cualquier otra Ciencia Social podría pretender. Es necesario, para entender esto, atender primero a los síntomas más visibles y, luego, ir más hacia su posible raíz en los supuestos de la disciplina.

Para cualquiera que observe de cerca aparecerá que con demasiada frecuencia los argumentos se discuten como si las ideas se refirieran siempre a los sujetos singulares que las enuncian o escuchan. Suele imperar la autorreferencia y la personalización. Las discusiones se cargan de afectividad impidiendo la confrontación racional.

Es obvio que en Psicología el tema es siempre la subjetividad, pero para que la discusión sea útil es necesario tratarla con un mínimo de distanciamiento, como una serie de eventos mínimamente objetivos. La subjetivización crea la tendencia a enunciar las ideas más bien como diagnósticos que como argumentos racionales. Más aún, como diagnósticos singulares encubiertos de una fraseología generalista.

## 2. El argumento ad hominem:

En Psicología, más que en otros campos, es necesario distinguir las razones que dieron origen a los argumentos de su validez efectiva respecto de lo real. Ambos son problemas lógicamente independientes, por mucho que estén subjetiva y existencialmente ligados. Un acomplejado puede hablar de complejos, un resentido puede hablar de injusticias, un loco puede hablar de la normalidad, alguien que agoniza puede hablar de la muerte ... y pueden tener razón.

El argumento ad hominem es el reverso de la subjetivización. En ella los argumentos son evaluados según lo que nos toca de manera singular, aquí según lo que le toca singularmente al que los enuncia. Es necesario sacar la discusión del plano de la autorreferencia, aunque esta cumpla un papel en el origen de las ideas, de otra forma nunca veremos la realidad, ni siquiera a la luz de nuestro propio prisma singular, pues nunca veremos otra cosa que a nosotros mismos.

Quizás se pueda ilustrar este rasgo con lo que ha sido considerado, con justa razón, un ejemplo ejemplar: la discusión con o dentro del Psicoanálisis. Se ha hecho notar que, en virtud de sus propios supuestos, las teorías psicoanalíticas son simplemente irrefutables. A esto deberíamos agregar el que, en sentido estricto, son también indiscutibles. Esto resulta de la idea perniciosa de aplicar cualquier idea surgida al interior de la teoría a los que intenten oponerse a ella, o de descalificar al que la enuncia en virtud de que se le han aplicado ideas previamente establecidas. El mismo Freud sufrió este procedimiento. La impresión de la mayor parte de sus seguidores es que su introducción de la noción de Pulsión de Muerte es explicable a partir de su estado de salud muy grave y su edad avanzada. ¿La discusión de Reich es con Freud o con su padre?. Incluso para Reich, parece ser esto último. ¿Mi discusión con el psicoanálisis es con una teoría o con mi analista posible, (es decir, ... con mi padre)?.

Se ha dicho, quizás con razón, que los psicoanalistas no se critican unos a otros, se diagnostican. Desgraciadamente, bajo estos supuestos, no es posible sostener una discusión racional.

### 3. La singularización:

Si los dos puntos anteriores afectan la posible consideración objetiva de la validez de los argumentos, ellos son, por otro lado, inseparables de la costumbre de discutir en singular. Se observa por todas partes una cierta dificultad para la abstracción, para la generalidad, una profunda resistencia a enunciar y defender grandes hipótesis, una gran falta de pensamiento sistemático. Todo se discute a través de ejemplos particulares. Pero, como siempre es posible invocar ejemplos particulares adversos para cualquier cosa, la discusión nunca avanza del empate y de la referencia a lo que es tal como es. La remisión a ejemplos impide preguntarse por las leyes generales que vinculan los ejemplos entre sí, y que permitirían explicar los ejemplos contrarios y discutir de manera productiva.

Es notable que la singularización como vicio provenga no sólo de fuentes particulares, como la subjetivización, sino de convicciones

teóricas, que en realidad son lógicamente independientes de su origen subjetivo, y que pueden ser criticadas por sí mismas. Este es el caso de la disgregación del estructuralismo. No sólo se han reducido los razonamientos causales a la mera coexistencia estructural (opción por la "superficie"), sino que las grandes estructuras se han reducido ahora a meras relaciones contingentes que son consistentes sólo consigo mismas, de manera instantánea y local. La idea de que entre los casos particulares y las leyes sólo hay relaciones contingentes no sólo vacía de sentido a las leyes, además impide las demostraciones, impide el ejercicio teórico en general.

Igualmente notable es el que estas cuestiones, que parecen ser puramente epistemológicas conduzcan a consecuencias existenciales muy definidas. La precariedad que creen haber descubierto en las relaciones entre lo universal (puro mito) y lo particular ("historia contingente", realidad absoluta) es proyectada luego (o, quizás, previamente) sobre el universo del sentido. No hay sentido real para la existencia singular, cualquier proyecto de vida es equivalente, "da lo mismo". Ningún objetivo podría demostrar su valor intrínseco frente a otro. No hay más objetivo terapéutico que la consistencia del individuo particular a su situación particular.

Para unos simplemente no podría haber otro objetivo. Para otros no es asunto del psicólogo pensar en el sentido global de la existencia, ni siquiera la de su paciente. De esta manera, tanto en los que disgregan la razón en virtud de sutiles argumentos filosóficos (o "lingüísticos"), como en los que eluden la sutileza y se inclinan por la técnica inmediata, la conclusión, en el plano de las opciones terapéuticas concretas es la misma: no hay más mundo que éste (es decir, el mundo inmediato), lo demás no está en las manos del psicólogo.

#### 4. La teoría como recuento de técnicas:

Cuando se discute con algunas posturas teóricas es frecuente el siguiente límite, que se presenta como un argumento contundente: "esto sólo se puede saber a través de la experiencia directa". Bajo ese argumento los psicoanalistas se niegan a discutir seriamente con

alguien que no se haya psicoanalizado y, también, los diversos credos humanistas con quienes no hayan compartido la clase de experiencias que proponen. Esta particular manera de asumir la verdad posible de una situación es frecuente también en otros ámbitos. Los científicos en general suelen decir a los legos "eso sólo pueden entenderlo los que han hecho realmente investigación experimental". Los pobres, los enfermos, los enamorados, suelen argumentar de la misma manera: "sólo el que pase por esta experiencia puede entenderme". Es interesante constatar que esta es una forma característica de argumentar cuando los que tienen alguna clase de fe se defienden de los incrédulos.

El asunto es, entonces, si esta manera de argumentar, comprensible en la fe y en el sentimiento, es aceptable en la discusión científica. Desde luego la Psicología es una ciencia que se acerca, por su objeto, a estas situaciones. Cuando se discute de Psicología siempre lo que está en discusión es algún tipo de experiencia subjetiva. Sin embargo, ¿es cierto que las experiencias subjetivas sólo pueden discutirse de manera subjetiva?. No, no es cierto. Peor aún, el efecto de considerar las cosas de esta manera es, nuevamente, el impedir la discusión racional.

No es raro que, bajo el efecto de esta opinión, las teorías se vuelvan poéticas y vagas. La presencia de la poesía tiene que ver con la sensación de que lo que se está proponiendo no es expresable en el lenguaje común, ni siquiera en algún lenguaje técnico apropiado. La vaguedad poética aparece bajo el supuesto de que las experiencias son intransferibles y, en cierto modo, innombrables. La mística de lo innombrable convierte a las teorías en algo muy parecido a los cultos religiosos: sólo podrían participar en ellas y comprender sus contenidos los que hayan pasado por ciertos ritos iniciáticos, por ciertas experiencias de saber, por ciertos usos vinculantes. Todos estos ritos tienen el efecto inmediato, por cierto, de distinguir clara y tajantemente a los legos de los especialistas y, desde luego, a "los que saben" de "los que no pueden saber".

Existe, sin embargo, una versión moderada, más laica y común, de esta creencia. Aparece en la tendencia a considerar las teorías

psicológicas como recuentos de procedimientos prácticos. En esta versión toda discusión teórica tiende a ser considerada como una discusión sobre teoría de la técnica. El espacio de lo teórico propiamente tal desaparece bajo un pragmatismo que apenas puede disimularse bajo sus pretensiones teóricas. La diferencia entre pragmáticos y teóricos se convierte en la diferencia entre los que simplemente hacen cosas y los que, además, discuten sobre la manera de hacerlas. La Psicología tiende a desaparecer como disciplina académica, es decir, como reflexión sobre la condición humana, y es asumida más bien como un oficio, de manera puramente profesionalizante. Hay en esto, desde luego, bastante de defensa gremial, muchas veces casi sindical. Pero hay también una cuestión de fondo: la desconfianza en la discusión puramente teórica.

El fundamento de toda postura en Psicología no puede ser sino una estimación muy de fondo en torno a la condición humana en general. Esta consideración siempre puede explicitarse como teoría. Creer lo contrario sería simplemente entender a la Psicología como un culto. Los efectos prácticos de estas teorías son, desde luego, una fuente importante en la discusión de su verosimilitud. No son la única sin embargo y, desde un punto de vista puramente teórico, no son la más importante. La consideración que se pueda hacer sobre el fenómeno humano es una tarea especulativa desde la cual la ciencia y la técnica pueden obtener, y de hecho obtienen, sus sugerencias, pero, como actividad, se sostiene sola y, de hecho, siempre se ha sostenido sola. Es la decadencia de la confianza en la razón la que ha empezado a convertir a la Psicología en un conjunto esotérico de fórmulas experienciales que sólo pueden ser entendidas por especialistas, y que se practican a través de rituales y experiencias vinculantes. La Psicología, por cierto, no está condenada a este destino.

##### 5. El desprestigio de la discusión racional:

El ambiente intelectual generado por la autorreferencia subjetiva permanente, por la acusación ad hominem, por la singularización y la reducción a la contingencia, se ve apoyado, además, por una crítica de tipo escéptica y existencial a la posibilidad de discutir

racionalmente. La descalificación ad hominem del ejercicio racional en nombre de una rebeldía vaga, genérica, sin más argumentos que la protesta subjetiva y singular, ampliada sin siquiera pretensión de generalidad, impide toda discusión. El empate argumental producido por la singularización se agrava por la descalificación de la discusión misma. En realidad una filosofía que ha llevado la consideración de lo real a la presunta constatación de la desconexión total y el carácter puramente fragmentario de toda razón y toda experiencia, no puede conducir sino al gemido vivencial que desde el punto de vista de la razón, no es más que un silencio sonoro.

Llevado este proceso, por su propia lógica, hasta su perfección sólo quedaría callarse o llorar. Llorar, porque, curiosamente, estos mismos filósofos han declarado la impotencia de todo deseo y la condena a la insatisfacción permanente.

Se podría sostener que, al contrario de lo que está propuesto en el párrafo anterior, lo real es que la mayoría de las escuelas psicológicas tienen una visión bastante optimista de las posibilidades del sujeto individual, y que, a la manera de buenos servidores del prójimo, dotados de un saber positivo, se esfuerzan por sacarlo adelante de manera positiva, emprendedora y productiva. Mi impresión, sin embargo, es que la mayor parte de estas buenas intenciones terapéuticas están muy débilmente afirmadas en proposiciones teóricas de fondo. Y esto me parece una situación abiertamente dramática, no sólo para la psicología como saber sino, más bien, para la condición de la subjetividad moderna.

Ocurre que la discusión racional puede ser, y ha sido, desprestigiada en Psicología no sólo por los más sutiles que, desde los sistemas más avanzados del pensamiento del siglo XX, han llegado al sin sentido y a la disgregación. Lo ha sido también por todos los que simplemente han renunciado a explorar de manera profunda el problema general de la condición humana en nombre de un supuesto saber técnico que permitiría resolver problemas concretos en pacientes concretos. El examen filosófico de esta actitud revela muy rápidamente que en sus fundamentos no operan más supuestos que las diversas y más o menos sutiles variaciones del multiseccular procedimiento del palo y la zanahoria, junto a la presentación de la realidad

como una verdad perentoria a la que sólo cabe integrarse de la manera menos dolorosa y más productiva posible.

El optimismo siempre ha tenido algo de reaccionario, como toda sensación de agrado y comodidad. En esta cultura, sin embargo, en que el agrado y la comodidad son las virtudes centrales de la mentalidad hedonista, el optimismo terapéutico suele ser bastante más reaccionario que lo que históricamente siempre fue. En las Psicologías optimistas falta la grandeza y la profundidad con que creadores clásicos, como Jaspers, o Freud, o Wundt, consideraron la condición humana. Falta la conciencia de la complejidad y la objetividad dramática del dolor. Falta la conciencia de la precariedad de toda estrategia de sobrevivencia psíquica en sociedades estructuralmente injustas, en vidas esencialmente pequeñas. Por cierto hay menos posibilidad de discusión racional en los contextos teóricos que prefieren ignorar la complejidad en favor de la técnica que en los que la asumieron aún al costo de no tener soluciones claras. El tecnicismo optimista, sobre todo en el plano de la acción sobre la subjetividad, es una forma de irracionalismo. Es el reverso, en blanco y celeste, de lo que los disgregadores de la razón presentan en gris.

#### 6. Los sistemas ocultos:

El fantasma omniabarcante de la razón, al que tanto temen, sin embargo, acecha permanentemente a los disgregadores y a los optimistas. La verdad es que en estas tierras provincianas no pasamos de aficionados al sin sentido y, por otro lado, es claro que el optimismo que podemos ofrecer a nuestros pacientes tiene definidos y dramáticos límites.

Nuestro carácter de existencialistas principiantes se nota en particular en que no usamos todos estos medios de descomposición de la discusión racional para descartar toda razón y, simplemente, volvernos locos. Ni, tampoco, logramos ser tan consistentes con nuestros optimismos que podamos declararnos felices. Una especie de instinto de conservación de lo singular hace que no usemos estos medios sino para defender sistemas de creencias, que suelen ser bastante triviales, sin la dificultad que supone defenderlos de manera

universal y racional. Reducimos al ámbito de nuestra singularidad subjetiva las mismas opiniones de siempre, pero con el agregado de que no presentamos mayor defensa que nuestra propia y soberana creencia o vivencia, puesta desafortadamente por sobre toda posible impugnación objetiva.

Los argumentos que se escuchan no suelen ir más allá de "todos los hombres son egoístas", "no se puede confiar en los políticos", "cada uno trabaja por lo que le conviene", "cada uno tiene su verdad", "pensar mucho es malo para los sentimientos", "ser auténtico es hacer lo que uno tiene ganas de hacer", "si no aprovecho de vivir cuando soy joven nunca voy a poder hacerlo", "si todos tuvieran la inocencia de los niños el mundo sería mejor", "el racionalismo no puede entender los afectos propiamente humanos", "hay que probar de todo un poco y no descartar ninguna opinión", trivialidades todas que han sido discutidas y refutadas innumerables veces, y que no resumen sino la ideología popular de la resignación con distintos grados de sutileza.

Yo creo que hay un verdadero sistema, muy racional y comprensible, detrás de la destrucción de la discusión sistemática, y mi intención original, al escribir este texto no era sino ponerlo a la consideración pública. Este sistema no es sino el muy antiguo y venerable sentido común de las capas medias, que saben, de manera espontáneamente astuta, sobrevivir a sus épocas difíciles como el Gatopardo, cambiándolo todo para que nada cambie.

## 7. Un melancólico destino:

Creo que hay un melancólico destino que espera, sin embargo, tanto a los que juegan a la disgregación, como a los que creen que pueden acogerse a las fórmulas del optimismo simple y simplificador. El destino previsible de "atinar" en algún momento y hacer lo que es adecuado.

Psicólogos conductistas, o de "orientación" analítica, o sistémicos, se formarán de manera adecuada, aprenderán a hacer lo que es correcto, se adaptarán en mayor o menor medida a lo que los diversos estilos del oficio espera de ellos.

Algunos creerán que han recuperado la cordura realmente y

recordarán sus años de escepticismo juvenil con cariño y ternura y, por supuesto, distancia. La distancia que da el haberse convertido en un profesional serio. Otros moderarán su optimismo en formulaciones ambiguas que permitan sostener al mismo tiempo que todo es posible y que nada es posible. Otros actuarán de la manera adecuada y harán bien su papel sabiendo que no creen efectivamente en nada y aguantando como puedan su doble estándar de profesionales serios e hipócritas sin convicciones.

En todos los casos, el del burócrata eficiente, el del que hace el actor optimista para subir el ánimo sabiendo que la objetividad de los problemas es más fuerte que las manipulaciones que pueda hacer en la consciencia del otro, el del hipócrita que cumple con su papel, la destrucción de la discusión racional habrá cumplido con su sentido último y dramático: impedir el desarrollo del pensamiento crítico que podría llevarnos a cambiar el mundo. Es en esta conexión donde resulta evidente que la epistemología y la moral no son, ni pueden ser, independientes. De una epistemología escéptica, sea por razones sutiles o por falta de sutileza, surgen consecuencias éticas muy determinadas. De una epistemología racionalista, quiero creer, si la razón es algo más que un mero conjunto de fórmulas y técnicas, deben surgir otras.

Creo sinceramente que la Psicología no tiene por qué conformarse con el destino que el tenor de los tiempos le impone. Quiero decirlo de manera más directa y efectiva. Creo sinceramente que los estudiantes de Psicología no tienen por qué aceptar que el carácter predominante de la discusión académica y del ejercicio profesional efectivo los arrastre a este destino. La discusión racional es posible. La subjetividad de cada uno no es el centro del mundo. Enormes masas de seres humanos sufren, y no sólo por cuestiones subjetivas. La Psicología tiene muchas maneras de acercarse a la humanidad real. Históricamente las ha tenido. Las formas que no posea pueden ser creadas.

La Psicología también puede ser un lugar desde el cual intentemos cambiar el mundo.

Santiago, 28 de Junio de 1992.-

*Aunque no esté de moda.*



## **SEGUNDA PARTE**

### **Sobre el Concepto de Sujeto**

- I. Notas sobre la Subjetividad Moderna
- II. El Psicoanálisis y el sujeto moderno
- III. Sobre la posibilidad de una Psicología de sujetos colectivos
- IV. Adversus Lacan: para un concepto marxista del Psicoanálisis



# I. Notas sobre la Subjetividad Moderna

## INTRODUCCIÓN: <sup>5</sup>

Hago en este trabajo una contribución al intento de especificar las bases históricas de las diversas formas de ejercer la Psicología. Creo que esto puede ser un paso previo y necesario para desarrollar una Epistemología de la Psicología realista y crítica, que no se contente con la descripción, con el diagnóstico, y se atreva a avanzar hacia un juicio crítico de la realidad establecida.

En la sección A. hago una caracterización del sujeto clásico, que expresa, en su concepto, la corriente principal del desarrollo de la subjetividad moderna.

En la sección B. comento las causas generales y las formas que ha adquirido la crisis de esta subjetividad dominante.

En la sección C. describo las diversas formas de la subjetividad marginal en la época moderna, y las relaciones que se pueden establecer respecto de los modelos dominantes y las teorías psicológicas que los expresan.

---

<sup>5</sup> He reunido en este texto tres Apuntes que llevaron el mismo título escritos con fechas 29 de Enero, 22 de Mayo y 28 de Agosto de 1992, como material complementario para la Cátedra de Teorías y Sistemas Psicológicos. Agradezco especialmente a Paula Raposo y Claudia Lorca por la corrección y las valiosas sugerencias que presentaron a las primeras versiones, sin las cuales ésta no habría sido posible.

En la sección D. hago un paréntesis de tipo filosófico para establecer algunas de las cuestiones epistemológicas de fondo que se juegan en los cambios de la teoría psicológica a lo largo de su historia.

En la sección E. describo las diversas maneras en que la teoría y la práctica efectiva de la Psicología, tanto institucional como extra institucional, ha expresado la existencia real de los diversos sujetos que resultan actualmente del desarrollo y la crisis de la subjetividad moderna en general. En este punto, y esto es parte del espíritu general del texto, he enfatizado de manera particular lo que resulta de las consideraciones anteriores para el ejercicio de la Psicología en Chile.

Todo este trabajo, sin embargo, debe ser considerado dentro del ámbito de una Epistemología posible. En ningún caso pretendo que estas reflexiones puedan tener un alcance terapéutico, o incluso práctico. El objeto hacia el que se dirigen no es tanto el Psicólogo individual, en sus esfuerzos clínicos, sino la Psicología en general, como una institución significativa para la vida moderna.

De una manera más profunda, más ambiciosa, puede decirse que el objetivo de fondo es contribuir a entender al actor real de la modernidad a través de un aspecto de su discurso, el que se puede encontrar en la teoría psicológica. Un propósito como este no puede sino tener un sentido político. Es por esto que de todo el análisis histórico en realidad lo único que me importa es la manera en que pueda constituirse en una base racional para los juicios que formulo sobre la situación presente.

Todo esto se puede decir también de esta manera: trato de encontrar las huellas históricas que me permitan comprender qué es lo que ocurre hoy, qué puede ocurrir mañana, cómo podemos fundar nuestras iniciativas políticas.

## **A. SOBRE EL SUJETO CLÁSICO:**

1. La subjetividad moderna, es decir, tanto la realidad interior de los sujetos como las ideas que ellos mismos se hacen sobre ella o,

también, el sujeto moderno, que ha sido casi puramente para sí y en su realidad efectiva una subjetividad particular e interior, empezó a gestarse mucho, mucho, antes de sus formulaciones clásicas por la filosofía.

Se habla de una idea cartesiana del sujeto o, más propiamente, de un sujeto cartesiano, bajo el supuesto de que Descartes o, al menos, el cartesianismo, implicaron un giro fundacional en la modernidad. Quizás esto es aceptable para la mirada francesa según la cual Descartes, la Revolución Francesa y la invasión del Metro de París por negros y vietnamitas son los puntos cardinales de la historia moderna.<sup>6</sup> Al menos desde aquí, en América Latina, donde nos podemos dar el lujo paradójico y obligatorio de mirar la historia europea por debajo, podemos ver que las cosas son, sin embargo, claramente más sutiles. No estamos obligados a elegir el parámetro del individualismo empirista de los ingleses, no estamos obligados a seguir las traducciones del alemán al francés de los franceses, ni a ser prácticos como los norteamericanos, ni metafísicos como los alemanes, ni melancólicos como los suecos, ni existenciales como los rusos. Desde la orilla del mundo las cosas se ven más claras. Desde el exilio se puede ver mejor la patria. Desde abajo las claves de la universalidad pueden ser accesibles. Pensada desde aquí en realidad la historia de la modernidad es mucho más larga y compleja.

2. La sociedad moderna empezó a formarse en Europa al menos desde el siglo XII. Todos sus temas esenciales, el desarrollo de la individualidad, el imperio del mercado, el papel siempre creciente del Estado en la vida pública y privada, la misma distinción entre lo público y lo privado, la progresiva secularización y desencantamiento del saber y del mundo, la creciente intensidad y dinamismo de la vida de las ciudades, el impulso tecnológico cambiando una y otra vez la vida, la gestión económica compulsiva que se mueve de crisis en crisis, están ya presentes y son descritos por los pensadores y artistas de la época. Hay una verdadera "primera modernidad" entre los siglos XII y XV.

<sup>6</sup> Es la impresión que me produce la lectura de Lyotard, Foucault o Derrida. No es difícil sospechar, más allá de ellos, que la mirada sobre el mundo desde los estrechos límites de la comarca, que se imagina el mundo, es un deporte europeo.

Esto sería una mera discusión historiográfica si no es porque nos pone sobre la pista de dos puntos centrales para nuestra tarea de entender los orígenes de los fundamentos de las diversas posturas en Psicología. Uno es el hecho de que la época moderna se ha desarrollado a través de profundísimas crisis que abarcan, desde el ámbito tecnológico, todo el movimiento económico, político y cultural de la sociedad. Primero de la sociedad europea, luego, en virtud de una lógica de expansión compulsiva, crisis que abarcan al mundo entero. El segundo punto es que los hombres que viven estas crisis las ven y las piensan como auténticas "fundaciones" del mundo moderno, lo que lleva a la situación curiosa de que, visto el pensar europeo en perspectiva, la modernidad ha sido fundada y refundada innumerables veces.<sup>7</sup>

Ambas cuestiones son importantes. La primera porque deberemos considerar no la existencia de una subjetividad moderna homogénea sino, más bien, una historia en gran medida catastrófica de sujetos que se articulan y desarticulan en medio de profundas crisis y, a través de esto, la historia, mucho menos evidente, de un cierto destino de la subjetividad moderna que recién ahora, con seiscientos o novecientos años de perspectiva, podemos empezar a ver con cierta claridad. La segunda cuestión es importante porque deberemos estar prevenidos para encontrarnos con una historia de la teoría en que cada época reniega de las anteriores, habla de sí misma en tono fundacional y, sin embargo, no hace sino repetir en claves diversas los mismos grandes problemas que caracterizan al período entero. Estos grandes problemas, a pesar de los distintos discursos en que se expresan, son los que interesan para una mirada epistemológica.

3. El sujeto moderno es, en su concepto, básicamente un individuo, hombre, adulto productor, padre de familia, ciudadano, escéptico y desconfiado, emprendedor y razonable, individualista, sujeto

---

7 No es raro que para los franceses la época realmente moderna empiece con su revolución ... los italianos dirán que empieza en su "renacimiento", los ingleses dirán que es en el momento en que triunfa el capitalismo industrial, los holandeses dirán que es en el siglo XVII. ¿Sería raro que los rusos afirmaran que la auténtica faz de la modernidad sólo se hace visible con Stalin?. ¿No deberíamos decir, en esta gran hora de los 500 años, que la primera gran empresa moderna fue la conquista y el saqueo colonial de América Latina?. ¿No tenemos ya que empezar a decir que los auténticos modernos son en realidad los japoneses?. Sostengo en este texto, aunque parezca paradójico, que todos ellos tienen razón.

ante el dinamismo productivo, objeto ante "la naturaleza de las cosas", ejemplarmente propietario o, al menos, poseedor medio de bienes que le otorgan algún lugar en el mercado y una cierta presencia social, machista, monógamo con licencia. Es un hombre dispuesto a vencer dificultades, en pleno uso instrumental de la razón, con un neto y eficiente sentido de la realidad, capaz, sin embargo, de emprender enormes tareas si cree tener en las manos un cálculo correcto.

Este individuo se ha formado, en esencia, en el marco de una familia patriarcal y monogámica donde la clara autoridad del padre es vivida como ley y hace la mediación entre los espacios clásicos, estrictamente distintos, de lo público y lo privado. Por un lado el espacio de la sociedad, el derecho, la escuela, el mercado de los productos, el de las ideas, el de lo político. Por otro el espacio de la familia, la ética, (y la fe), lo emotivo, lo subjetivo, la educación familiar, la autoridad del padre, de sus ideas, de su sustento.

La sociedad clásica no es una sociedad formada por familias, sino por individuos. Pero estos individuos no son, a su vez, simples entidades personales. Son individualidades, es decir, padres que contienen, al interior de su calidad de individuos, la existencia de sus familias. En sentido estricto en la familia clásica sólo el padre es sujeto. Los demás miembros de la familia son sujetos incompletos, asociados, a lo sumo en formación, que requieren de la protección legal, social y afectiva del padre. La familia es el lugar donde se viven los conflictos que constituyen a los futuros sujetos como futuros padres o como futuros miembros asociados de otras familias. El conflicto padre - hijo resulta consustancial a este mecanismo formador y es, considerado de manera filosófica, nada menos que una lucha por el derecho a una subjetividad autónoma la que, en tiempos clásicos, sólo conseguirán los hijos varones que logren formar familias. El padre, como individuo arquetípico, es el mediador entre una sociedad compuesta de individualidades y la familia, de la que éstas surgen. En sentido legal, político, cultural, valórico, productivo, emotivo, sólo el padre es individuo.

Por supuesto no puede hablarse de una subjetividad colectiva. La familia clásica opera y es considerada como una individualidad, es

decir, como un individuo y el entorno que lo constituye como ciudadano y conciencia legítimos. El status de los demás miembros de la familia fue siempre vago y, en todo caso, subordinado. Esta vaguedad será, como veremos, una fuente principal de conflictos en la época de disolución de la familia clásica.

4. Lo privado en la sociedad moderna, en la misma medida en que está ligado con lo individual, se constituye como un doble ámbito. La familia es un espacio privado en relación a las relaciones sociales. La conciencia es un ámbito privado en relación a la ley.

En la manera clásica de reproducir la vida estas dos privacidades están ligadas: la familia es el espacio privado donde se crean las condiciones psíquicas y emotivas de la privacidad de la conciencia. La sociedad apoya y estimula esta separabilidad a través de la escuela, el trabajo, los derechos civiles, que están pensados todos en función de la autonomía individual.

La familia educa a los niños para que sean personalidades adecuadas (en el plano ético), la sociedad para que sean ciudadanos (en el plano político). El resultado que todos esperan es la formación de un individuo autónomo, racional, productivo, responsable, que es, típicamente, un hombre, un futuro Padre-de-Familia.

Se puede contraponer esta situación a la de la sociedad medieval. Allí también el padre es la figura mediadora, pero los padres de familia particulares no sólo están subordinados a un gran Padre exterior, que es Dios, (y a la Iglesia, que es su mediadora), sino que su autoridad puede ser eludida por la sociedad (la Iglesia), y ésta intervenir directamente sobre los miembros de la familia, en virtud de una autoridad superior y total. Esta es una sociedad totalitaria, en ella no existe la esfera de lo privado.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> *Totalitarismo y desaparición del ámbito privado no son sinónimos, salvo para la ideología liberal. Mientras el primero supone lo segundo al revés, en cambio, se puede pensar perfectamente en la transparencia completa entre lo privado y lo público. Este es un rasgo de la utopía comunista. En ella, sin embargo, la palabra "privado", justamente por su transparencia, pierde sentido. El reconocimiento de la particularidad en la universalidad que la produce es un proceso más amplio y adecuado para expresar lo que ocurriría. De todo esto lo que importa es destacar que la categoría de "privacidad" está estrictamente determinada por el contexto histórico de la modernidad.*

5. El sujeto clásico es, en su concepto, un individuo. En plena posesión de su razón y su albedrío no tiene duda alguna de su autonomía, de su libre iniciativa, de su responsabilidad personal para con su propio destino. Razonable, crítico, desconfiado, creativo, inquieto, dispuesto a las empresas que ha calculado beneficiosas. Quizás el mejor eco actual de estas formas podamos encontrarlo en los pequeños comerciantes.

Para esta individualidad no hay duda alguna de que los límites de la subjetividad coinciden punto a punto con los del cuerpo. El individuo clásico siente una desconfianza profunda por la iniciativa o el pensamiento colectivo y, aún con más fuerza, por las actitudes colectivas en que estén presentes cargas afectivas que no puedan someterse al cálculo racional. El fanatismo, el irracionalismo, la deriva existencial, el compromiso ideológico, le resultan profundamente extraños.

Es muy relevante notar que en el mundo de este individuo no hay un espacio claro para la mujer, el niño, el extraño, el anciano, lo emotivo público, la fantasía o el desvarío público, lo irracional reconocido.

No es casual que al aparecer nuevos sujetos que compitieron con este individuo fueran vistos como desadaptados y conducidos al desequilibrio. Es el caso clásico de la histeria femenina, o del exhibicionismo de los homosexuales, que fueron y aún hoy son considerados como "enfermedades mentales".

En el orden de los afectos esta creencia en la individualidad es crucial. Los afectos no serán sino sus afectos. La idea de que estén determinados de manera externa o colectiva le parecerá extraña. Pero, además, tenderá a concebir la vida afectiva como relación entre individualidades, como despliegue de corporalidades tangibles. Esto se puede decir de una forma algo más erudita: hay una conexión muy profunda en el sujeto moderno entre su individualismo y su hedonismo.

6. El sujeto moderno es, en su concepto, un sujeto hedonista. En la medida en que la individualidad que lo constituye está restringida a su propio cuerpo no tiene más criterio de bienestar o de felicidad que

el bienestar corporal. La individualidad moderna en su gran tarea de secularizar y desencantar el mundo se ha privado de cualquier trascendencia que no sea la del placer inmediato, o la de la acumulación que permitirá el placer inmediato.<sup>9</sup>

Este punto es clave para entender que, tal como el sujeto moderno no se sentiría completo sin una familia que regir o un ámbito de libertad en el que desplegarse, tampoco se sentiría completo sin el consumo adecuado, sin los medios adecuados para el consumo. Hoy esto es crucial. El aumento sostenido de los niveles de consumo en capas muy amplias de la población mundial ha reactualizado la subjetividad moderna, pero ahora en unas condiciones, desde muchos puntos de vista, críticas. Y también, el brutal alejamiento del consumo de masas aún más amplias, ha generado profundas distorsiones de la subjetividad general que son hoy una buena parte de nuestros problemas cotidianos.

Debo a Juan Ormeño la valiosa indicación de que en el pensamiento clásico se puede encontrar la expresión del intento permanente de los hombres modernos por encontrar la certeza, la relación de esta búsqueda con la búsqueda de los límites a la acción, y cómo esta tarea queda expresada en el plano de la razón práctica en la idea de "desear menos". El hombre moderno, el burgués, ante su constatación de que no puede obtenerlo todo, habría pensado en poseer, incluso en desear, "con medida", esto es, desear "sólo aquello que está bien determinado, acotado, fijado en sus límites". "El 'medirse' en el desear (o sea, saber desear sólo lo que tiene medida)" habría sido un elemento común de toda la ética moderna "desde la ética rigorista individual hasta el sueño del 'progreso indefinido'".<sup>10</sup>

---

9 *Es importante notar que el placer corporal es también una forma de trascendencia : implica la trascendencia inmediata a un otro concreto. Pero, más allá de esta evidencia simple, en la medida en que el placer humano no es propiamente un evento fisiológico, sino que está inseparablemente ligado al carácter de la subjetividad que es, propiamente, lo humano, es necesario reconocer que el placer implica una trascendencia mayor, una trascendencia hacia un otro genérico en el cual nosotros mismos estamos también involucrados.*

10 *Cito en este párrafo un apunte mecanografiado de Juan Ormeño K. que lleva fecha 12 de Julio de 1992, que contiene, por cierto, muchas otras sugerencias valiosas que uso libremente en este texto, sin advertirlo.*

Creo que esta indicación de Juan es valiosa porque ayuda a presentar la complejidad del hedonismo burgués. Si hay algo muy precisamente acotado y determinado es el cuerpo.

La satisfacción moderna no puede encontrarse en lo infinito, en lo sublime, en lo grandioso, en lo heroico. Es siempre una satisfacción inmediata. Susceptible, en principio, de certeza. En realidad no hay estoicismo en el sentimiento clásico de la medida del placer sino, más bien, un ánimo práctico. El sujeto moderno es capaz de aspirar a grandes placeres, si cree tener un cálculo confiable, pero nunca le será concebible la idea de un placer infinito, o inabarcable. También por el lado de su hedonismo considerará con sospechas la mística, ahora la del placer.

Esto es importante cuando consideramos qué tipo de satisfacción quiere encontrar en el consumo. Justamente el encanto del mercado de objetos es que es un mercado de cosas tangibles. Por mucho que digamos que lo que busca en ellas va más allá, su sensación es la de desear cada cosa. No todas las cosas, no algo indefinido, sino una serie perfectamente determinada, aunque sea desconocida, de cosas concretas. El mercado es capaz de ofrecer siempre, para los que están integrados al sistema de la producción moderna, un elemento más, y otro, y otro, a esta serie. El hedonismo busca en esos elementos lo que pueda significarle un agrado tangible. La vida del hombre moderno no es pensable sin esta constante búsqueda del agrado concreto.

En su apunte Juan dice con extrema agudeza: "Hedonismo (alcanzar lo que se desea) y rigorismo ético (desear sólo lo alcanzable) son las dos caras de la misma moneda."

7. El sujeto moderno es, en su concepto, un ciudadano. Su existencia está íntimamente ligada a la historia y al destino del liberalismo político y económico. Como sujeto eminentemente racional está imbuido de una profunda conciencia de que la sociedad no es posible sin la asociación jurídica de las individualidades. Los derechos políticos, el respeto a la ley, los derechos de propiedad, de asociación y de opinión, son una gran parte de su horizonte utópico. La libertad en todas sus formas le parece el único ámbito en que la subjetividad es desplegable.

Pero es necesario entender que este es un individuo ciudadano, no un idealista ni, mucho menos, un romántico de la solidaridad social. La sociedad es básicamente una asociación de individuos libres, racionales, autónomos, que persiguen cada uno sus propios intereses, que tienen a su disposición un ámbito común de acción en que sólo limitan en los derechos e intereses de los otros. La sociedad moderna no es un colectivo animado de un espíritu común, como no sea el de la libertad individual.

8. Hemos escrito ya cuatro páginas sobre este sujeto moderno y el cuadro que hemos presentado corre el riesgo de hacerse inverosímil. ¿Dónde pueden encontrarse sujetos así?. ¿Habrán existido en alguna época real?. En este punto es necesario hacer alguna consideración sobre el concepto del sujeto y su realidad.

Puede encontrarse de manera real este concepto de sujeto en todos los lugares y épocas en que las capas medias, ese gran actor de la modernidad, han estado en auge: París y Roma en el 1300, Florencia y Milán en el 1400, Londres y Amsterdam en el 1600, Inglaterra en el 1800, Europa desde 1850, Estados Unidos y la periferia inmediata europea desde 1880, Chile, Argentina, Uruguay desde 1950, las enormes capas medias de la economía mundial, desde los años 70.

No está muy lejos. ("Lejos" es el lugar en que no está). El comerciante de la esquina, el oficinista que va subiendo de puesto, en el hijo de campesinos que se fue a la ciudad y que una generación más tarde se tituló de profesional universitario. Los nuevos ricos y los nuevos semi ricos asociados de manera parasitaria a la trasnacionalización de la economía. Los padres que le pagan carreras universitarias caras a sus buenos hijos y los buenos muchachos que lo único que quieren es aprovecharlas para irse de sus casas. Las buenas niñas estudiosas y sus pololos machistas. El pequeño empresario y la buena mamá. Seguramente ejemplos no faltan. Lo más probable en todos los casos, sin embargo, es encontrarlo en crisis, pero... justamente eso es lo que hace posible escribir sobre él.

9. Considerada históricamente, la realidad del sujeto moderno está íntimamente ligada a los éxitos y a las bancarrotas catastróficas de las diversas etapas en que se ha ido articulando el mercado mundial.

De estos procesos económicos y sociales lo único que nos importa aquí es el efecto devastador que han tenido sobre la subjetividad concreta de personas concretas.

El desarrollo de la sociedad moderna ha estado marcado, y no es un misterio para nadie, por profundas crisis tecnológicas, económicas, sociales y culturales. Lo que queremos agregar en este texto es el reconocimiento de que, si esto es así, debemos formar un concepto de la modernidad que cubra no a esta época o a aquella, sino realmente a su historia conjunta. Al hacerlo de esta manera podremos comparar las formas que adquieren en cada época tanto las virtudes y despliegues de la subjetividad como sus crisis desastrosas.

Las capas medias han vivido la modernidad en una oscilación permanente entre el auge y el desastre. Tal como hemos enumerado antes los lugares de su expansión y, a partir de ellos, hemos intentado caracterizar el concepto del sujeto que los protagonizó, podemos volver el análisis ahora a las zonas más sombrías: la Inquisición y la Escolástica en la primera mitad del siglo XIV, la desesperación de la peste en la segunda mitad de ese siglo, la cacería de brujas y la desesperación religiosa del siglo XVI, el terror revolucionario en 1648, en 1790, en 1917, la desesperanza y el parasitismo en las sociedades postergadas como las de Italia y España del siglo XVIII, como las sociedades latinoamericanas de la segunda parte del siglo XIX y la primera parte del siglo XX, la desesperación europea de los años 20 y su nihilismo en los 50.

Para ser completamente realista no hay que olvidar la brutalidad que los propios procesos de industrialización han significado aún para las sociedades que hoy parecen más exitosas y privilegiadas: la larguísima miseria obrera de la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX, la brutalidad fascista y stalinista, la miseria humana de la competitividad en los Estados Unidos, las profundas huellas del protestantismo productivista en los países escandinavos, el fascismo oriental de los japoneses. La verdad es que la modernidad ha sido una sociedad brutal.

Pero no sólo el espanto de sus guerras de exterminio, de sus quiebras masivas de capital, de sus fanatismos políticos, sin embargo, sino también las tremendas virtudes de su razón, de su técnica, de su

bienestar de pocos, de su comodidad contemporánea, están fundados en esta brutalidad. La imagen que podemos obtener, si no ha de ser una simple queja o un panfleto, si no nos entregamos al masoquismo cultural tan en boga, (por ejemplo entre los ecologistas), es necesariamente compleja. No sólo todo lo malo, también todo lo bueno, proviene de sus catástrofes. Puede que ya los hombres modernos se hayan cansado de tanto dinamismo, pero es obvio que no renunciarán a los autos, a los teléfonos, a los televisores y lavadoras, a las casas en barrios con árboles, a la ropa cómoda, que se pueden conseguir hoy si se está integrado al sistema. El juicio moral y humano se hace difícil ante los conquistadores españoles, ante los técnicos e industriales ingleses del siglo XVIII, ante los conquistadores del Oeste norteamericano, ante la vanguardia bolchevique, ante el totalitarismo japonés, si consideramos que los que estamos integrados tenemos lo que tenemos en virtud de sus guerras inhumanas. Aceptemos por un momento, de manera literaria, que reconocemos que nuestro bienestar está manchado con sangre pasada y sangre actual ¿renunciaremos por esto a lo que tenemos ?. Los tiempos de un heroísmo semejante parecen pasados. La realidad brutal para los que quisimos cambiar el mundo es esta: ganaron los malos.

10. La subjetividad moderna ha recurrido a dos grandes fuentes para asumir los efectos catastróficos de las épocas de crisis, una es el fanatismo religioso, otra que de alguna manera es su prolongación, es el fanatismo político. Sin embargo, por mucho tiempo, estos recursos no lograron tocar los pilares sobre los que esa subjetividad se reproducía prácticamente, es decir, a la familia, la economía y la política liberal.

Tanto las guerras de religión como las revoluciones políticas lograron tocar e imprimir sus huellas sobre la individualidad (de la familia, del individuo) sólo en la medida en que fueron planteadas como guerras totales. La cacería de brujas disgregó a la familia medieval en individuos temerosos unos de otros o en pequeños núcleos confiables. La ambición comunista totalizante del consejismo pretendió disgregarla por la vía de fundirla al todo social. Sin embargo, el extremismo religioso o el revolucionarismo político, expresiones ambas del aspecto catastrófico de las crisis modernas, fueron una y otra vez superados, tanto en lo que tenían de terror como en lo que

tenían de promesa utópica. En cada restauración, en cada inicio de un nuevo ciclo de la producción, la política y la cultura de la sociedad industrial, la subjetividad que la caracteriza también fue restaurada.

Si queremos entender cómo es que hoy esta subjetividad está en crisis, de una manera más profunda que nunca antes, quizás debemos considerar no tanto estos procesos centrales de movimiento entre innovación y reacción totalitaria, sino los otros, más callados, de la subjetividad marginal. La España del siglo XVIII y XIX, América Latina, los italianos del siglo XVII o los irlandeses. Quizás la imagen del futuro de la modernidad se pueda encontrar justamente en las sombras que ha dejado a su paso: parasitismo y desesperanza. También estas plagas pueden tener otros nombres: burocratización y crisis moral.

A pesar de estas sospechas profundas el camino más directo para considerar el estado actual del sujeto que hemos descrito es seguir la propia lógica del despliegue del mercado a nivel mundial, que hoy es particularmente visible. Es justamente el desarrollo de la propia sociedad moderna la que ha conducido a su crisis, no sus defectos. Es necesario reconocer esto en general: las crisis de la modernidad no son un "defecto" evitable, son precisamente su característica más específica.

Pero, a pesar de las múltiples esperanzas revolucionarias desplegadas desde hace más de un siglo, también es necesario reconocer hoy que es poco probable que estas crisis conduzcan a una gran crisis terminal, que marque el derrumbe de la modernidad y el inicio de tiempos nuevos. El fin de la modernidad, que ya está ocurriendo, es y seguirá siendo un proceso de descomposición lento y subterráneo. Quizás un progresivo ingreso en el totalitarismo, quizás una larga, muy larga, decadencia de las virtudes modernas, con lo que tienen de virtud y lo que tienen de desastre, con lo que tienen de promesa permanente de libertad y lo que han tenido siempre de anuncio de la totalización burocrática. Creo que el derrumbe de la modernidad se parecerá mucho más a la decadencia del Imperio Romano que a la revolución bolchevique.

11. Propongo, entonces, que el estado actual de la subjetividad moderna puede entenderse asumiendo la composición compleja de

las realidades a las que se ve enfrentada de hecho, muy por sobre su ilusión de libertad: el efecto de la progresiva ampliación del consumo en el marco de la completa articulación del mercado mundial; el efecto inverso sobre muy amplias capas de la población de la marginación del consumo y la integración social; el efecto de la progresiva decadencia del liberalismo político y económico, ahogado por las mismas fuerzas que dicen defenderlo.

Por un lado la ampliación del consumo ha hecho posible el desarrollo de nuevas subjetividades que empiezan a competir con el sujeto clásico. Por otro lado el desarrollo paralelo de las comunicaciones y la marginación crea un fuerte efecto de demostración en los sectores marginados que los hace sumergirse en grados de enajenación cada vez mayores. Por último la burocratización creciente que promueve el abandono de las virtudes clásicas, el parasitismo generalizado, la decadencia del sentimiento y la realidad de la autonomía personal.

He desarrollado los comentarios anteriores para llegar a este punto. Para llegar a las fuentes que, metodológicamente, me parecen relevantes para diagnosticar el estado del sujeto actual. Es a partir de aquí que quiero considerar la manera en que esta situación afecta a los fundamentos de la Psicología. La tesis general, es que las diversas tendencias en Psicología no hacen sino expresar, sépanlo o no, diversos momentos e imperativos de la subjetividad real. La confusión y el desconcierto "epistemológicos" no son sino expresiones de una confusión y un desconcierto real. La variedad de las soluciones propuestas, tanto en el plano teórico como en el terapéutico, no son sino expresión de la diversidad de estados de una subjetividad en descomposición.

## **B. SOBRE LA CRISIS DE LA SUBJETIVIDAD MODERNA:**

1. Creo que el individuo clásico entró en crisis por razones objetivas, "materiales" y "espirituales".

Por un lado nunca se perdió la nostalgia por la comunidad medieval, por la certeza cómoda de un mundo superior establecido: el individuo moderno está arrojado a la incerteza, al azar del mercado, a la "aventura" de la vida, a los desastres del desequilibrio social que él (que se cree dueño absoluto de sí) nunca llega a entender.

La libertad en las grandes ciudades se convirtió rápidamente en soledad y desencuentro: el individuo moderno terminó por cansarse de su autonomía, que resultó un mero sinónimo de la soledad. Terminó por cansarse de una libertad forzosa y fue buscando protecciones cada vez mayores, que conducirán al poder burocrático.

Pero también, por otro lado, los saltos revolucionarios en el consumo y en la complejidad de la técnica, permitieron el desarrollo de otros sujetos que empezaron a competir con él: la mujer, el niño, el inmigrante (el extraño), surgieron como personas autónomas que se figuraron y buscaron su autonomía en la imagen del Padre. La familia patriarcal y autoritaria se disgregó en un conjunto de individuos ambivalentes que quieren ser como el Padre por un lado, quieren seguir teniendo Padre por otro. Quieren ser autónomos, racionales, productivos, conscientes, libres, pero también protegidos, reconocidos, mantenidos, emotivos, hijos.

Es en virtud de procesos como estos que la subjetividad moderna, en sus condiciones de expansión "normal", se ha desarrollado hasta un punto en que entra en contradicción con el espacio que le dio origen y sentido. El ingreso objetivo al espacio del trabajo y al consumo, después el acceso reclamado y conseguido a los derechos políticos y sociales, incluso la integración que se produce de hecho por la interferencia de los medios de comunicación, o por el exceso de consumo que ya no puede ser fácilmente controlado por el padre. Poco a poco, garantía por garantía, algo más que un espacio económico, social, institucional, fue ganado, algo que es significativamente más: la constitución de subjetividades diversas que aspiran a su autonomía.

El voto femenino primero, la liberación femenina después, la sexualidad del niño primero, la educación permisiva después, la lucha contra la segregación primero, la vida en múltiples colores y

creencias luego, el consumo mayor primero, el consumo diversificado después, pusieron en crisis al individuo moderno, que, entonces, acudió en masa al Psicólogo.

2. Un efecto inmediato, objetivo e inevitable, de este proceso es la crisis de la institución familiar. En la medida en que el padre se constituyó en el modelo histórico de la autonomía y la autoconciencia, cada nuevo candidato a sujeto autónomo buscó parecerse al padre: las mujeres quieren votar como él, los ancianos quieren tener sus propias casas, los jóvenes quieren tener su misma independencia, los niños quieren consumir por sí mismos. Es importante notar que, para el análisis, no es relevante dictaminar sobre los derechos reales o supuestos que están en juego en estas disputas. No es el machismo, ni el feminismo, ni el poder joven, ni los derechos del niño, el ámbito de problemas que aquí interesa. La cuestión es que, por sobre las voluntades, e incluso de las conciencias de sus propios actores, aparecen aquí conflictos objetivos, y esos conflictos marcan lo que los sujetos dicen sobre el sujeto.

La familia del siglo XX se ha convertido en un lugar de conflictos. La tradicional disputa por la independencia de los hijos varones se ha convertido en una dramática disputa por los fueros de cada uno de sus integrantes. El primero en llegar a la consulta será el más débil en combate. Pero con el tiempo todos reclamarán su espacio y será necesario implementar análisis, soluciones e interacciones terapéuticas específicas. Se insistirá en la terapia individual hasta que la falta de eficacia, o la nostalgia por la armonía, conduzcan a ensayar terapias colectivas o, mejor, terapias en que grupos de individualidades buscan reencontrar las claves de la convivencia equilibrada.

Es importante comentar, aunque sea sólo de paso, el que la disolución de la familia es un proceso objetivo <sup>11</sup> que va mucho más allá de lo que cualquier voluntad pueda desear. No se puede negar que, discriminatoria, injusta, inhumana, o no, la estructura de la familia patriarcal monogámica tenía y tiene su lógica interna. Una

---

11 "Objetivo" significa aquí, por un lado, que no depende de la voluntad de los actores, por otro, que no es un problema de comunicación, un problema que pueda resolverse al nivel de las relaciones interpersonales.

lógica no sólo cargada de defectos, sino también de importantes virtudes que aparecían en ella de manera paradójica. Entre ellas la de hacer posible la aparición del espacio psíquico privado de la imaginación y de la rebeldía crítica.

Es curioso que cada vez que se proponen medidas para defender esta estructura no se consiga más que debilitarla. En Suecia se han dictado leyes para impedir el castigo físico a los niños, en el entendido general de que sólo limitando el ejercicio arbitrario del poder del padre se puede prevenir la formación de traumas en los niños que terminen desquiciando la estructura familiar. Sin embargo estas leyes terminan convirtiendo al padre en un hermano mayor acusable a una verdadera autoridad que lo trasciende y que, potencialmente, puede castigarlo, con lo que, en la medida en que los niños o las madres aprendan el truco, no se hace más que debilitar una institución que ya de por sí es poco creíble.

Por cierto se dirá que de lo que se trata es de salvar las buenas familias y no las malas. La duda que planteo es si una imagen en blanco y negro de la familia patriarcal puede abarcar la complejidad del problema y rescatar lo que ella tenga de bueno. Planteo la duda de si es cierto que se puedan separar estos supuestos aspectos "buenos" de los otros que se pretenden "malos". En este campo, como ya tantas veces, nuevamente la razón moderna tiende a caer víctima de su ánimo desencantador. La lógica que hacía útil y eficiente a la familia patriarcal no puede ser despachada de manera puramente formal. Menos aún por las partes en conflicto.

La crisis de la subjetividad moderna ha abierto nuevos juegos de fuerza y legitimidad, nuevos espacios de ser y desplegarse. Nueva riqueza de la subjetividad que descubre los amplios horizontes de su libertad. La legitimidad de la especificidad de la mujer, la del niño, la del joven, serán seguidas, en las épocas radicales, por la lucha por la legitimidad del homosexual en sus diversas formas, de la madre soltera o el adulto joven hedonista, del enfermo físico o mental crónico.

Pensado en abstracto este es un panorama de progresiva humanización y reconocimiento mutuo. Es demasiado claro para todos, sin

embargo, que de lo que se trata, como en tantas otras crisis modernas, es de sobrevivir como se pueda, peleando un espacio para la propia legitimidad. Es demasiado claro para todos, sobre todo hoy, que cuando las épocas radicales pasan se retrocede fundamentalmente hacia un integrismo temeroso, mojigato y conservador. Cada revolución del pensamiento tiene su Escolástica. Cada época radical conoce su Inquisición. Los mecanismos reguladores de la modernidad no son demasiado novedosos. Lo nuevo sea quizás su cada vez mayor y renovada eficacia.

3. La soledad, la inseguridad de la vida, el quiebre de las certezas tradicionales, los excesos enajenantes de la miseria o el consumo, la ruptura de la estabilidad, la autoridad y monopolio del individuo clásico, han operado como factores negativos internos.

La standarización de la vida, la pérdida de autonomía frente al Estado y al mercado, la manipulación social, han operado como factores negativos externos.

Pero, además y de manera positiva <sup>12</sup>, una nueva subjetividad es promovida por la socialización primaria que se salta a la familia y desplaza la autoridad del Padre (ya en crisis), por la permanente revolución de las expectativas de consumo (que afecta tanto a los que consumen como a los que no), que sirve de escape a la necesidad de individuación y facilitan la pertenencia, por la diversificación creciente del mercado, que promueve la oferta de individualidades prestadas y sustitutivas, externas.

Es un mérito de Freud haber mostrado cómo la familia es el espacio en que la individualidad moderna es formada al nivel de la estructura psíquica, es decir, por sobre (y por bajo), la educación formal, consciente, e incluso, por sobre las intenciones explícitas de la misma familia en particular. Las figuras del Padre, con sus características de autoridad y represión, y de la Madre, con sus características de reservorio de emotividad, cariño, pasión, naturaleza, contacto

---

12 La palabra "positivo" proviene de "poner" (no de "bueno"). Lo positivo es lo que "está puesto", es decir, lo que se puede encontrar de hecho, sin que, aparentemente, hayamos participado en su producción.

directo, forman el mundo que genera un espacio privado complejo de un individuo complejo.

Freud ha mostrado que lo privado individual es mucho más complejo que la simple libertad de conciencia, consagrada en los ideales modernos. Es un ámbito donde el sujeto mismo está dividido entre su conciencia, intelecto, razón, y su rebeldía, pulsión, fantasía, en un conflicto permanente que lo constituye, y de cuyo equilibrio depende la estabilidad y la adaptación del individuo.

La situación edípica forma a este individuo moderno complejo, con un vasto interior lleno de fantasía y rebeldía, que es suyo, que es su mismidad, justamente el sello de su individualidad y su autonomía, que es lo que lo hace ser él mismo, lo que le impide coincidir con un otro y con lo otro en general.

4. Lo más relevante, en cambio, de la nueva subjetividad, promovida por el mercado totalitario, diversificado y comunicativo, es la socialización temprana, inmediata, que tiende a opacar la situación edípica y a evitar la formación de una mismidad, de un interior privado de rebeldía y fantasía, promoviendo la formación de un aparato psíquico sin complejidad interna, volcado hacia el exterior, sin pretensión de individuación, con una ansiedad permanente de identificación externa, sin facultad crítica, con una autonomía precaria.

Las consecuencias: un sujeto sin interior, que si queda solo queda en el vacío, subjetivizado <sup>13</sup>, abandonado a sus impulsos inmediatos, propenso a la manipulación, sin culpas ni ideales, sin un pasado que defender, porque nunca tuvo Padre, ni un futuro que perseguir, porque no tiene voluntad propia, viviendo al instante la oferta del consumo, sin más futuro que las expectativas.

Jóvenes que no son "retables" porque no tienen el mecanismo psíquico que hacía eficaces los retos, jóvenes que no logran distinguir

---

13 "Subjetivizado" significa aquí que su vida está centrada casi completamente en torno a sus impulsos, que las variables psicológicas ocupan casi todo el espacio de su voluntad. La consideración de las circunstancias objetivas que lo rodean ha pasado a segundo plano. Es el estado en que el individualismo ha sido llevado al extremo del egocentrismo. Un egocentrismo vacío, en que las variables psíquicas, a su vez, son manipuladas desde el exterior.

lo agradable de lo bello, lo conveniente de lo justo, el azar de la libertad, la opinión de la verdad, lo audaz de lo heroico, la violencia de las luchas, la especulación de la teoría, el momento agradable del placer.

Jóvenes en gris. Nada es blanco o negro porque no entienden el conflicto. Jóvenes totalitarios. Un conjunto de verdades posibles y alternativas, pequeñas, instantáneas, son la verdad. Jóvenes incapaces de comprender los sistemas de ideas, o las luchas globales, o las hazañas.

En términos clásicos se podría decir niños, adultos infantilizados. Pero estos adultos no son niños. Tienen lo peor de los niños y lo peor de los viejos. Son irreflexivos, arbitrarios, hedonistas, caprichosos, sin ser "tiernos" o "dulces". Son astutos, calculadores, oportunistas, sin ser "sabios" o "moderados". (Cuestiones que los viejos no son hace ya mucho tiempo).

5. Esta nueva subjetividad implica, también, la desaparición progresiva de la diferencia entre lo privado y lo público. La potencia manipuladora diversificada de la sociedad se mete en el seno de la familia saltándose al Padre (y, por cierto, al Profesor), y se mete en el aparato psíquico, saltándose la identidad, la interioridad.

El sujeto que carece de interior carece también de contradicción entre sus actos y su conciencia íntima (privada, propia; consciente o inconsciente). Sus pulsiones se expresan de manera inmediata, puntual, en las formas que le provee el Superyo internalizado desde la sociedad. Es un sujeto que no actúa, sino que opera<sup>14</sup>. Lo que importa en él no es la consistencia (arreglo, resignación adaptación) entre su fuero interno y el exterior (la "salud" clásica), sino la consistencia (arreglo, resignación, adaptación) entre unos actos exteriores y otros. Es un sujeto operativo.

En el sujeto clásico el interior (propio) es el límite, la rebeldía constante, ante el exterior socializado, manipulable. En el sujeto operativo, que es todo exterior, todo es manipulable, nada le pertene-

---

14 Ver : *El Psicoanálisis y el Sujeto Moderno*.

ce: está completamente fuera de sí, enajenado en lo instantáneo, en lo diverso, en lo inconexo. Ese exterior es el otro que lo domina, otro impersonal y totalitario, que se hace presente en cada otro singular.

Sin embargo, para la subjetividad posmoderna, sin complejidad interior, no dejan de haber impulsos. El problema es que ahora no hay ningún orden interior definido que los reprima de manera orgánica, consistente, permitiéndoles expresarse gota a gota (o derramarse), en los modos y en los momentos que la organicidad de la subjetividad clásica permitía.

El nuevo sujeto, que carece de voluntad en sentido clásico, (es decir, como mediación entre la pulsión y la conciencia), y que está sujeto a una permanente necesidad de identificación, está constantemente dividido entre su interior sin forma y su exterior no satisfecho.

Por un lado no ha logrado formar, en el conflicto edípico, la mismidad y la interioridad que le permitiría tener una actitud propia y definida ante el mundo (actitud que sea él mismo, que lo constituya), y es víctima permanente, entonces, de los cambios en las sollicitaciones que el medio externo le exige. Por otro lado sus impulsos carecen de forma y están retenidos apenas por las censuras más gruesas que impone el entorno público, las que, en todo caso, pueden ser trasgredidas en cualquier momento. En este ámbito de sus impulsos el sujeto posmoderno puede llegar a actuar de las maneras más increíblemente agresivas o amorales, sin poder controlar su conducta, y sin conciencia en el momento de lo que hace.

6. El efecto de esta posibilidad de descontrol sobre la personalidad general es que el sujeto se sienta frecuentemente dividido. Hay, por un lado, un espacio de la conciencia, que es exterior, en que se es un buen muchacho, en que se está socializado (pero de una manera que realmente carece de contenidos). Hay, por otro lado, un espacio oscuro, de momentos y situaciones, en que "se pierde la cabeza", en que el sujeto no se reconoce a sí mismo. Es la situación del oficinista que es "hooligan" los Sábados en la tarde, de la secretaria que se deja violar por su jefe, de la buena niña que se deja tentar. El sujeto posmoderno no es capaz de reconocer, en sus momentos de cordura, estos estados como suyos. Simplemente no entiende qué le ocurrió. El

estos estados como suyos. Simplemente no entiende qué le ocurrió. El espacio en el que se reconoce y cree ser, es el de la adaptación pública, el de la conciencia manipulada exteriormente, sin que él lo sepa, por el mercado.

No sólo hay aquí un sujeto dividido. En realidad no hay sujeto alguno. Su parte "racional", pública, reconocida, no es realmente suya, porque carece de la mismidad desde la cual podría darle sustento, carece de la conexión orgánica con el espacio de la fantasía y la rebeldía que son el propio yo, en su concepto. Su parte violenta, pública pero desastrosa, no es realmente suya, porque no hay un "alguien" que la contenga.

Objeto del mercado o de sus impulsos, el sujeto posmoderno no es realmente un sujeto. Agreguemos a esto que el mercado, o mejor, el Estado, en su forma actual, no tiene conciencia real de sus enormes poderes, debido a lo cual los derrocha al azar, o los maneja en forma desordenada, dejando toda clase de huecos en la vida cotidiana. Aquí, en los espacios en que el sujeto posmoderno podría vivir de verdad, resulta ser víctima una vez más de su vaciedad.

Privados de los controles públicos y de las gratificaciones públicas, lejos de la cámara, o del grupo de pares, o del producto favorito, este sujeto no sabe qué hacer. Se aburre, se angustia, (hemos hablado antes de su aguda intolerancia al silencio o a la soledad), y queda entregado a la pequeña manipulación. La tiranía de una droga, la tiranía de un otro microscópico que trata de realizarse en la manipulación, la tiranía de los propios deberes estupidizantes (barrer, bañarse, lavar la ropa, ir de compras) llenan precariamente un vacío que no puede estar solo consigo mismo. Por cierto una tiranía posible es también entregarse a alguna pasión gratuita y prohibida. La experiencia le dirá a este sujeto que esos son momentos en que parece vivir, en que es alguien. La tristeza de estas pasiones, sin embargo, es que en ellas el sujeto no es, sino que descansa de ser. O, mejor, es que en ellas un sujeto que no es olvida precariamente su angustia de no ser.

¿Puede, por ejemplo, enamorarse un ser de estas características?. Mi opinión es que, en el sentido clásico del término, nunca se enamora. No hay en lo que llama amor un sentimiento de dulce

hay, más bien, es un estado de angustia que se calma cuando la pareja puede brindar, para el objeto que es, lo que le es propio como objeto. Una cierta conexión con el espacio público, un cierto verse bien o, si es su lado oscuro, una pasión que permita olvidarse de ser, o una tiranía pequeña en qué ocuparse.

7. El sujeto posmoderno aparece en generaciones carentes de Padres, o con figuras paternas débiles, tanto en la familia como en la sociedad. A nivel social, la prédica contra los políticos, y la corrupción evidentes de los poderes públicos, producen esta situación. A nivel familiar la eficacia de los medios de comunicación, y la educación permisiva y llena de culpas, la refuerzan.

Ambas condiciones se dan con particular evidencia en nuestro país desde la Dictadura. Estamos creando una juventud monstruosa. Ya sea fascista o religiosa, ya sea consumista o indiferente, nuestra juventud puede tener un aparato mental tristemente esquemático. Sólo volver a confiar en la razón, en la acción colectiva, en la justicia y la verdad, puede sacarla de la estupidez y el nihilismo. Si no lo hacemos seremos sorprendidos por su violencia extrema a no muy largo plazo. Peor aún, en el largo plazo, convertida esta idiotez sistemática en forma del mundo, nos encontraremos con que, a diferencia de todas las revoluciones anteriores en la historia humana, que fueron dirigidas invariablemente contra los viejos, tendremos que emprender una revolución desde el pasado contra nuestros propios jóvenes totalitarios.

### **C. SOBRE LOS SUJETOS MARGINADOS:**

1. Para comprender el estado y las posibilidades actuales de la teoría psicológica es necesario, sin embargo, comprender que el movimiento inverso y paralelo del despliegue que es posible en el ámbito de los integrados al sistema técnico, productivo y social, es la catástrofe permanente de los marginados.

Por mucho que la mirada teórica habitual no considere esta

Por mucho que la mirada teórica habitual no considere esta realidad, de una u otra forma, en la práctica real de los Psicólogos, la marginalidad moderna aparece como un componente esencial de la subjetividad. Es importante, creo, preguntarse por el tipo de sujeto que se puede encontrar en ella, por el lugar que ocupa en la crisis general de la modernidad, por el modo en que se hace presente en los problemas de todos los sectores sociales.

Para que esto sea posible es necesario hacer una consideración un poco más diversificada de las formas en que el sujeto moderno se ha presentado históricamente. Desde allí se podrá luego razonar acerca del efecto que ella tiene en la diversidad de posturas teóricas en Psicología.

Hasta ahora cuando hablamos del sujeto que es, para la Psicología, tanto el objeto de estudio como el propio sujeto que habla a través de ella, estamos pensando, al mismo tiempo, en una subjetividad definida y en una Psicología definida, que son, ciertamente, las dominantes pero, en ningún caso, las únicas. Pensamos, con toda la obviedad que la inercia del dominio produce, en la Psicología institucional y en la subjetividad característica de las capas medias ilustradas.

Quizás una consideración más amplia, que detalle el contexto histórico y social del sujeto del que hemos estado hablando, nos ayude a entender mejor qué es lo que le ocurre, y cómo la Psicología va creando estrategias diversas para atender a su complejidad.

Quiero proponer dos formas de poner a los diversos estilos de la Psicología actual en su contexto social. Por un lado la contrastación entre la subjetividad moderna dominante, a la que, más por comodidad que por rigor, llamaré "europea", y la subjetividad repartida en diversos estilos a la que llamaré "periférica". Por otro lado la contrastación, a un nivel mucho más local y actual, entre la subjetividad característica de los sectores integrados a la producción moderna y la que es característica de los marginados.

2. Una primera dinámica que es necesario considerar para entender el lugar histórico de la Psicología institucional es la que se

establece entre los centros sociales, económicos y culturales dominantes en la época moderna y la periferia atrasada o dependiente. Esta dinámica no es sino la historia de la progresiva dominación del mundo por el sistema moderno de producir y concebir la vida, la historia del aplastamiento de las sociedades estructuradas sobre principios de vida diferentes y, sobre todo, la historia de la creación de un vasto mundo dependiente en lo político, lo económico y lo cultural.

Este mundo dependiente, que ha aportado continuamente sus riquezas a los países centrales, no sólo ha adoptado las formas políticas, económicas y culturales que son funcionales a la reproducción de su dependencia (cuestión que fue estudiada y entendida con agudeza y profundidad en los años 60), sino que, también, ha formado progresivamente en su interior nuevos núcleos de crecimiento de la mentalidad, la cultura y el sistema de producción modernos, desde los cuales se ha empezado a establecer desde hace muy poco una nueva y más completa forma de articulación del mercado mundial.

Lentamente, pero empujados por la fuerza de las revoluciones en la productividad, en las comunicaciones, en los métodos de gestión y control diversificado, nos integramos todos a un mundo común, a una cultura común, a un espacio político y económico totalizado, a un poder común.

Este mundo común, que se perfila como destino general tanto de los países centrales como de la periferia tradicional es, por cierto, un mundo de subjetividad común, implica la aparición de una nueva humanidad. A diferencia de los propagandistas de la técnica y los adoradores del mercado yo no veo por qué deba considerarse mejor que el que ya hemos tenido.

Cuando digo "mundo común" no quiero decir, sin embargo, "mundo homogéneo". Como ya he insistido en párrafos anteriores, la producción moderna ha alcanzado la complejidad tecnológica suficiente como para diversificar el mercado, ya sea según las diferencias reales entre los consumidores (mujeres, niños, negros), o según las diferencias ficticias que el mismo mercado crea para luego satisfacer ("la" mujer, "lo" infantil, "lo" negro).

común" sea un mundo para todos. Al contrario. Quizás una de sus características centrales es la profunda distancia económica y política entre los integrados al sistema de la producción, que son muchos, muchos más que en cualquier otra época histórica, y los marginados, que nunca habían sido tan marginados como ahora.

Especialmente aquí, en América Latina, para los que quieren ver, es fácil darse cuenta que la desesperanza y la integración parasitaria son los dos grandes caminos por los que se mueve la conciencia y la subjetividad marginal. Por un lado la tristeza infinita de los postergados, de su muerte lenta, consumada por sus propias incapacidades adquiridas. Por otro lado el sistema universal de los pequeños privilegios, de la mendicidad en sus infinitas formas, de la pequeña astucia del pícaro pobre.

Es necesario tener en cuenta, sin embargo, que el poder de los medios de comunicación hace imposible que los marginados tengan una cultura propia. La subjetividad de la marginalidad se construye a través de dramáticos reflejos enajenados de la subjetividad dominante. Como lo he dicho en otros textos: nunca los pobres estuvieron tan lejos de los integrados, nunca, sin embargo, tuvieron a sus dominadores tan dolorosamente cerca en imágenes, en gestos cotidianos, en áreas de la ciudad que se ven pero que no pueden visitarse, en privilegios visibles e inaccesibles.

La identidad de estos marginados se construye sobre el mismo modelo de su presencia en el mundo. No son por sí mismos. Reciben permanentemente el ser, la escasa autonomía posible, la mínima dignidad, de otros que la dejan caer, sabiéndolo o no, y hacen posible que la miseria continúe su ciclo.

3. La marginalidad actual es particularmente destructiva. Opera desarticulando toda identidad, todo sentimiento colectivo. Opera sobre la destrucción de todas las lógicas que articulaban la vida cotidiana, los sistemas de relaciones micro sociales, las formas de producir, de las sociedades vencidas. Resulta particularmente cruel el que en la mayoría de los casos la conciencia moderna ni siquiera se haya propuesto estas destrucciones o, incluso, las haya producido a partir de alguna buena voluntad filantrópica o de un simple acciden-

partir de alguna buena voluntad filantrópica o de un simple accidente. El exterminio de la población precolombina por las pestes, la explosión demográfica producida por los nuevos hábitos de alimentación e higiene en países sometidos a saqueo sistemático, la evangelización religiosa o la educación racionalista que desintegra sin transición mundos milenarios, la introducción de técnicas productivas y de comunicación que sobrepasan toda capacidad de resistencia. Y, si algo de esto falla, el aplastamiento militar de todo intento de desarrollo autónomo.

La revolución de las comunicaciones ha creado, por sobre las tragedias tradicionales de la marginalidad, una situación particularmente conflictiva. La mayor miseria coexiste de manera visible y casi inmediata con la mayor abundancia<sup>15</sup>

Esto crea un gigantesco efecto de demostración, de alcance y eficacia nunca antes alcanzada, que crea un fenómeno nuevo para la subjetividad marginal: la posibilidad de estructurar su vida psíquica completamente en los marcos de la enajenación, de la vida ilusoria, de la ilusión nunca cumplida pero sentida a cada momento como posibilidad real, de la expectativa de consumo. La posibilidad de vivir permanentemente con una conciencia y un imaginario prestados. La posibilidad de un distanciamiento nunca antes visto entre la conciencia y la realidad. La juventud marginal que se droga y vive en la delincuencia proyecta una posibilidad futura atemorizante: la posibilidad de estructurar todo un modo de vida, de sobrevivencia mínima, sobre esa base.

Esto no sólo debe atemorizar a los privilegiados y preocupar a los teóricos que tratan de entender los modos de la crisis actual por razones jurídicas o de seguridad personal. Debe ser visto también con alarma por los que se atreven a mirar de manera realista el futuro de la propia sociedad integrada.

Mi opinión general es que la progresiva articulación del merca-

---

15 *No olvidemos un detalle que no es nada de trivial : los que viven en la miseria ven y sienten a cada momento a los privilegiados, los privilegiados están, permanentemente, muy lejos de la miseria real ... salvo de la suya y propia .*

do mundial llevará a una uniformidad creciente en los patrones de integración y marginalidad tanto en los planos económico y social como en la subjetividad desde los cuales son vividos. En la medida en que este proceso está incompleto, y seguirá incompleto por bastante tiempo, es necesario, sin embargo, considerar la diversidad efectiva, que es la realidad ante la que se encuentran los Psicólogos en sus consultas (o la que nunca verán, porque la Psicología no fue inventada para todos).

4. El "sujeto europeo" es el sujeto de la historia efectiva y dominante. Para él ha sido inventada la Psicología clásica y la institucional. Este ha sido el modelo de la teoría psicológica y su historia ha sido el fondo efectivo de la historia teórica de la Psicología.

Es respecto de su realidad que en textos anteriores he distinguido las ideas de sujeto clásico, sujeto positivo y sujeto operativo, que pueden distinguirse tanto en el plano de la teoría como en el de la realidad.<sup>16</sup>

Es inspirado en él que la tradición filosófica moderna imaginó el idealismo ético al estilo kantiano, el idealismo estético que pensó Schiller, la historización del idealismo ético en la filosofía hegeliana, la idea de materialidad de las relaciones sociales en la dialéctica materialista, la problemática de la libertad y la autenticidad en la tradición existencial. Ideas, todas, que existieron y existen como posibilidades no desarrolladas de manera efectiva, pero que son consustanciales a su manera de vida. Que son todas posibilidades reales de su concepto.

Es respecto de su realidad que se ha estructurado y ha evolucionado la Psicología institucional, con sus modelos teóricos y legales de normalidad y salud, con sus terapias adaptacionistas, con su "normalidad" académica y técnica. Si se puede hablar de técnicas en Psicología, es decir, de procedimientos que se proponen fines y parecen conseguirlos, ya sea en virtud de lo que saben o, incluso, en virtud de mecanismos que se les escapan, esto tiene sentido para el sujeto que ha actuado como sujeto dominante. La técnica en Psicología es lo que

---

16 Ver al respecto: "El Psicoanálisis y el Sujeto Moderno".

que se ha establecido la "normalidad" dominante ya es bastante terrible, resulta doblemente terrible cuando el objeto al que se aplican esas técnicas es otro, extraño, diverso, en el que las técnicas muestran lo que tienen, y siempre han tenido, de modos de dominación.

5. La realidad e historicidad del sujeto europeo se hace realmente visible cuando es mirado desde la óptica de los postergados, de la subjetividad periférica.

Pero lo que pueda llamarse conceptualmente periferia es, en realidad, un conjunto de mundos, a su vez, profundamente divididos entre sí.

Por un lado, en la medida en que el sistema de producción moderno se ha generalizado contando con apoyos muy importantes en los países periféricos, y en la medida, también, en que las migraciones europeas hacia el resto del mundo son un dato básico en esa propagación, es posible distinguir lo que, en otros contextos teóricos, se llamó "mentalidad criolla". El mundo está lleno de europeos que se fueron a vivir lejos, que iniciaron tradiciones institucionales y económicas autónomas, pero que permanecieron ligados económica y políticamente a sus países de origen. En esta ligazón, para lo que en este texto me importa, es particularmente relevante la dependencia cultural, existencial, de algún modo afectiva, de estos europeos exiliados para siempre respecto de las metrópolis de las que vinieron.

En un texto notable<sup>17</sup> en que se refiere a Buenos Aires, Ernesto Sábato habla de esta ciudad como la ciudad judía más grande del mundo, la ciudad polaca más grande del mundo, la ciudad italiana más grande del mundo, y así sucesivamente. Lo que puedo agregar aquí a esta hermosa metáfora es que lo mismo podría decirse de Nueva York, o Ciudad de México, o Río, o Santiago.

Es obvio que esto no significa de ningún modo que no tengamos una manera particular de ser ante la cultura europea. Es obvio, también, que un componente esencial de esta manera de ser es la relación problemática que tenemos con ella.

---

17 Ernesto Sábato : *Hombres y Engranajes* (1951)

Llamo "mentalidad criolla", por extensión, a la de los latifundistas, tanto como a la de los nuevos ricos, asociados de manera parasitaria al crecimiento del capital transnacional. Se puede hablar de criollismo ante el espectáculo siempre deprimente de nuestra fascinación por la siutiquería francesa, por la densidad alemana, por la galantería española, por la caballerosidad inglesa. Espectáculo más deprimente aún cuando uno se entera que estas imágenes escasamente superan la realidad de las tarjetas postales y que lo que desde aquí parecen extremos de la sutileza del pensamiento francés allá no son más que el suicidio de la razón en una cultura desesperada, lo que desde aquí parece caballerosidad inglesa no es sino el lujo de la fuerza que, ciertamente, no se puede encontrar en los barrios pobres de Londres, que lo que desde aquí se ve como sentido práctico del norteamericano medio, allá no es sino la desgracia de una vida entregada al consumo.

El "criollismo" de nuestros privilegiados no es sino la constante nostalgia de un más allá del océano ilusorio, no es sino la sensación constante de la desgracia que significa vivir en la orilla del mundo. El "criollismo" revela la condición parasitaria, servil y derrochadora que es característica de los sectores que han logrado el bienestar en los países sometidos.

Yo creo que en este caso la Psicología dominante es plenamente aplicable y obtiene mucho más éxito que en los lugares en que fue inventada. Creo que opera a su favor el deseo, central en la configuración de estas vidas, de ser efectivamente como esos modelos de ser que creen es el hombre. No debe extrañarnos que se haga más psicoanálisis en Buenos Aires que en Viena. No debe resultarnos para nada extraño que las Psicologías de la Conciencia se hayan convertido en el Conductismo masivo en Estados Unidos. No debe resultar extraño que los franceses puedan venir a convencernos aquí tan fácilmente de todo lo que allá discuten tan agriamente, consumen de manera carnavalesca y, en último término, olvidan.

Creo que, en este sentido, la Psicología que se hace en los países periféricos es eficaz en virtud de mecanismos que escapan a su saber explícito. En cada estilo teórico en que los "criollos" sean tratados

ocurrirá que tanto pacientes como terapeutas tendrán un deseo que los trasciende en común: el de estar en el lugar que esas teorías les reservan. Si la pretensión es meramente técnica, basta con que funcione. Si el problema es epistemológico, entonces habría que considerarlo más a fondo.

6. No quiero hacer una consideración demasiado detallada de la subjetividad posible de los vencidos, de los permanentes humillados, de los que han vivido siglos de completa enajenación. Sobre esto se ha escrito desde un punto de vista antropológico o político. La Psicología simplemente los ha ignorado.<sup>18</sup> Todos sabemos que están allí. Millones, cientos de millones de seres humanos, en la miseria, dependiendo de precarias estrategias de sobrevivencia extrema.

Para la teoría psicológica esto es una situación lamentable y triste. No tenemos por qué pensar que los que han inventado la Psicología sean particularmente malas personas. Pero resulta de muchas maneras obvio que los problemas que implica la pobreza absoluta trascienden la sutileza de las técnicas psicológicas. Yo creo que es necesario preguntarse cómo es que se ha llegado a esta situación. Cómo es que la Psicología no se ha preocupado de ella de manera directa. Quizás encontremos, al investigar este punto, algunos de los límites esenciales de lo que significa que una cultura se proponga conocer el alma y diseñar técnicas para tratarla. Creo, sin embargo, que por este camino es demasiado fácil confundir la epistemología con la ética o la política. Por supuesto que creo que hay que hacer política a partir de la epistemología. Pero creo que para eso es necesario primero entender claramente lo que ocurre. El cálculo político vendrá después.

Podría parecer que, para una epistemología crítica, la realidad de la pobreza y la postergación absoluta serían la fuente natural de las protestas y las reivindicaciones. Yo creo que, cuando se ha operado así, implícitamente se ha operado como si el mundo moderno fuese la meta que los pobres no han logrado alcanzar. Pero creo que ahora la

---

<sup>18</sup> Por supuesto que existe una *Psicología Comunitaria*. Voy a comentar sus posibilidades más abajo. Aquí es importante decir que, o se ha practicado como "clínica para pobres" (la expresión es de Isabel Piper), o simplemente ha trascendido el marco de la Psicología como disciplina.

cosa es distinta. La meta se derrumba en enajenación, consumismo, contaminación y pérdida del sentido de la vida. Ahora la crítica puede partir desde allá. No desde la postergación, como queja de lo que no tenemos, sino de la abundancia, como rechazo global de lo que no queremos tener. La realidad se ha puesto tan grave por todos lados que ahora, por fin, es posible una crítica efectivamente global.

Yo prefiero, sin embargo, no ser optimista. Me parece demasiado obvio que no se ve en el horizonte viabilidad política alguna para la crítica global. Creo que lo que se puede hacer ahora, como ya está dicho más arriba, es tratar de entender lo mejor posible lo que ocurre. Estos son malos tiempos para la verdad. Pero intentar saberla lo mejor posible es algo que vale la pena por sí mismo.

7. Más relevante, para lo que quiero mostrar, es constatar que hay marginalidad específicamente europea.

No es un secreto para nadie que el modo en que se ha desarrollado el sistema de la producción moderna es tremendamente catastrófico. Ha implicado la quiebra masiva, una y otra vez, de economías enteras, que han sido superadas por la eficacia de una nueva base técnica del capital, capaz de producir mejor, más y más barato. Las ciudades italianas quebraron, a fines del siglo XVI barridas por España y Portugal, pero éstas quebraron luego ante el poder holandés y francés. Nuevamente hay una gran quiebra ante el poder de la producción industrial inglesa, pero ésta entra en decadencia ante la producción en serie masiva en Estados Unidos, la Alemania Nazi, la Unión Soviética stalinista. Una gran redistribución se produce ante el empuje norteamericano de posguerra, pero este encuentra su límite en el desastre de Viet Nam y en las locuras paralelas de la carrera armamentista y la especulación financiera. Ahora parece ser el turno de Japón y Alemania, pero ya bajo una configuración altamente transnacionalizada tanto del capital como de la producción efectiva, bajo una articulación ahora verdaderamente mundial de la regulación, el consumo y la marginalidad. Ante este poder tanto los países socialistas como la economía norteamericana se han derrumbado.

Lo que nos interesa de estos procesos económicos y sociales es el enorme impacto que han tenido sobre la vida cotidiana de los

hombres reales, de carne y hueso, que los han vivido. Hay grandes zonas de Europa que vivieron siglos de frustración, pobreza, dependencia, provincianismo, después de haber tenido épocas esplendorosas. España en los siglos XVII, XVIII, XIX, y casi hasta 1960. Italia en los siglos XVIII y XIX, y casi hasta 1960. Países como Austria o Checoslovaquia. Países como Hungría o Portugal. Zonas en determinados países como Inglaterra o Irlanda, o Alemania.

Creo que es necesario mirar hacia estas realidades para descubrir lo que la mentalidad europea ha tenido siempre de arribista, de desequilibrada. Creo que es necesario distinguir desde allí una verdadera Psicología de la bancarrota, una manía generalizada por acogerse a identidades protectoras, una sensación casi permanente de que el mundo está en peligro. No es raro que Europa esté llena de extremismos nacionalistas en que la irracionalidad hace erupción aparentemente repentina y violenta. Hay en estos estallidos algo del irracionalismo general de una cultura que se enorgullece de su racionalidad aparente. Cuando a las capas medias europeas les ha ido bien todo parece seguir los cursos de la normalidad y de la razón. Los Psicólogos tienen su trabajo normal. La teoría no necesita de grandes esfuerzos. Como en toda cultura de arribistas, cuando las cosas andan bien el pasado y el conflicto quedan relegados al desván. El punto es que en esa cultura nada es realmente estable. Una y otra vez la teoría, movida por las urgencias de la vida cotidiana, tendrá que responder a las nuevas catástrofes.

La marginalidad intra europea, la que es producto específico de su propia dinámica, se suma ahora a la invasión desde las colonias de los "criollos" y los no tan criollos que quieren vivir en el país ilusorio de sus sueños. El mundo se vuelve de pronto un caos de colores y costumbres extrañas. Es como si todo el mundo repitiera ahora las crisis más inimaginables, pero en medio de una abundancia, de productos y de contaminantes, abrumadora. Es como si todos los europeos fuesen de pronto extraños en sus propias casas. El fascismo y la post modernidad acechan. La xenofobia y el nihilismo abundan. Los pobres "criollos" arribistas se ven obligados a cuidarse en las calles de los países que parecían ser los modelos de la razón. La

Psicología tendrá que hacerse cargo allá, de los que se queden, y acá, de los que nos traigan el reflejo de la posmodernidad europea.

8. La dinámica de la economía transnacionalizada, sin embargo, ha roto las fronteras entre el centro y la periferia del mundo. La altísima movilidad que hacen posible el acceso al consumo, el poder de las comunicaciones, la relación cada vez más abierta de las economías, los enormes movimientos migratorios, la ruptura o redistribución de los modos industriales de producir, han creado un mundo en que la frontera entre la integración y la marginalidad ya no es globalmente geográfica.

La completa articulación del mercado mundial, el triunfo de una base técnica y productiva nueva, con sus oleadas de liberalismo supuesto y de regulación creciente, la revolución en la productividad y en el consumo masivo de los integrados al sistema, han tenido, entre otros efectos, el de cambiar sustancialmente los límites clásicos de la marginalidad. Ya no se puede hablar de un primer y un segundo mundo: el segundo mundo fue derrotado en toda la línea y se convierte a pasos acelerados en periferia del primero.

Pero, más aún, ya no se puede hablar claramente de un Tercer Mundo homogéneo. Por todas partes han surgido enclaves, cada vez más amplios, de sectores netamente integrados al sistema de la producción mundial. El Tercer Mundo se ha llenado de zonas en que sectores importantes de la población tiene acceso al consumo al mejor estilo de los países desarrollados. De manera inversa, los países desarrollados se han llenado de enclaves de población no integrada que vive su miseria de una manera típicamente tercermundista. Nuestros privilegiados latinoamericanos, en los barrios acomodados de Santiago o Buenos Aires o Caracas, no tienen mucho que envidiarle a los habitantes de las grandes capitales europeas. Los habitantes de los barrios pobres de Nueva York o Chicago quizás envidiarían vivir en nuestros barrios marginales. En esos países centrales, por otro lado, aparecen grandes masas de marginados que resultan de la bancarrota de los modos de producción inmediatamente anteriores y de las corrientes migratorias que han dejado de cumplir la función económica que las provocó.

En los sectores integrados el criollismo va dando paso a la aparición de auténticos ciudadanos del mundo. Juventud homogénea, a nivel mundial, uniformada en la enajenación común, manipulada en las diferencias artificiales que el mercado altamente tecnológico es capaz de manejar. Una juventud para la que la tradición es cada vez más mero folclore. Una nueva ciudadanía con patrones de identificación que se saltan las fronteras y reducen su pasado otra vez, ahora en el grado más alto que es posible, al rincón absurdo de las creencias no funcionales.

9. Es ante esta realidad emergente que es necesario proponer dos nuevos ejes que permitan entender la diversidad de la subjetividad real, y la diversidad correspondiente de la Psicología. Por un lado el eje integración / marginación, sobre el que ya he sugerido varias ideas antes. Por otro el eje anticuados / posmodernos, que cruza de manera visible los problemas ante los que se encuentran los diversos enfoques terapéuticos.

Antes de desarrollar lo que este último problema implica es necesario, sin embargo, advertir que ambas coordenadas se superponen. Por un lado hay integrados - anticuados e integrados - posmodernos. Por otro lado hay, también marginados de antiguo tipo y marginados que resultan de problemáticas específicamente posmodernas.

Los marginados de antiguo tipo son en primer término los pobres. Pobladores, cesantes, campesinos temporeros, los postergados de siempre. Pero son, también, en un sentido distinto, los sujetos que aún compiten por ser reconocidos como tales respecto del padre clásico. Las mamás de hogares machistas, las esposas explotadas y maltratadas, los inmigrantes recientes, que no encuentran su lugar social.

Marginados de nuevo tipo son los homosexuales, los enfermos de SIDA, las feministas radicales, los grupos punk, los subempleados urbanos. En la mayor parte de estos casos el destino marginal ha surgido de una radical ruptura de la estructura de la familia clásica.

Los integrados que resultan, para los abrumadores cambios

ocurridos en los patrones de la vida cotidiana, anticuados son, en primer lugar, los padres de familia con trabajos estables, con acceso al consumo, con modelos relativamente tradicionales de lo que debe ser la vida, pero con familia abierta o latentemente en crisis. Lo son también, por extensión, los miembros de la familia que sufren la situación de crisis con la perspectiva de que hay que restaurarla de algún modo. Los buenos hijos, las mamás adecuadas, los hermanos tolerantes, que soportan cada vez menos sus papeles, empujados de manera compulsiva por el estado general de la vida, por los nuevos y novísimos modos de ser disponibles para intentar.

Los integrados posmodernos son los jóvenes que han resultado de la crisis de la familia clásica y han logrado adaptarse con éxito a la lógica de la producción moderna. Los profesionales jóvenes. Los estudiantes de Universidades caras que funcionan con un doble standard de conducta: buenos muchachos en casa, jóvenes posmodernos en su grupo de pares. Los niños que han descubierto que tienen un amplio mundo de consumo posible y que ya conocen las maneras de manipular los sentimientos de culpa de sus padres.

Estas distinciones son importantes porque los conflictos de la subjetividad moderna marginal aparecen cada vez más directamente en las oficinas de los orientadores educacionales, o en las de los encargados de las relaciones laborales o en las consultas de los Psicólogos. Cada vez ocurre de manera más clara que la crisis de los sujetos más integrados en el desarrollo moderno y sus privilegios se suma y se potencia con las que provienen de la marginalidad.

Pero a esto hay que agregar la creciente tendencia, en virtud de la lógica propia de la producción moderna, a borrar las fronteras que ligaban a los sujetos clásicos y disgregarlas en individualidades puras, directamente administradas por el mercado. El comercial que se dirige directamente al niño, saltándose la estructura familiar. El medio que convierte al joven en un sabio superficial saltándose la estructura de la escuela. El producto que crea identidades artificiales saltándose las relaciones clásicas de amistad ("Tú también fumas..."). La moda que se salta las fronteras creando una comunidad ilusoria a nivel mundial. En suma, la enajenación y la soledad sonriente elevadas a niveles nunca vistos por potencias de una eficacia no conocida.

10. En esta época, que a los franceses les gusta llamar "posmoderna", las lógicas tradicionalmente paralelas tienden a confundirse. La marginalidad y sus ilusiones enajenadas tiende a reproducir las enajenaciones de los privilegiados, el parasitismo de los pobres tiene su paralelo en el de los trabajadores y rentistas burocratizados, la pequeña astucia del pícaro en la miseria se reproduce en la astucia del joven que manipula a sus padres, el absurdo de los trabajos stupidizantes empuja a esa marginalidad clandestina que es el mal gusto de las capas medias de reciente integración al consumo. El mal gusto, la grosería, el kitsch, la violencia en los modos y en las ambiciones. Bocaccio estaría a gusto, Chauser y Swift, Santos Discépolo y Petronio: sus peores profecías se han cumplido.

Por cierto nuestro país es, al respecto, una laguna un poco cómica de optimismo y cinismo sonrientes. Mientras los norteamericanos se quejan de que su mundo se derrumba, mientras los alemanes ganan alemanes y pierden jóvenes, mientras los europeos orientales no salen del desconcierto de la derrota y del rapidísimo derrumbe de las promesas irresponsables, nosotros vivimos como si el auge económico y la democracia fuesen bienes reales. Todos los que no lo pasamos tan mal parecemos muy razonables. Lentamente nos olvidamos de los imperativos militares, nos olvidamos de que la prosperidad precaria se ha construido echando a la mitad del país al hoyo, todo es cuestión de no ponerse metas poco razonables. Pero una cierta insistente delincuencia, una mendicidad inextirpable de las calles, un cierto hastío en nuestros jóvenes más capaces, nos dicen que nada es tan fácil. No es hoy el tiempo, eso es muy claro. Pero de pronto todos vamos a vernos frente a frente con las consecuencias de nuestro ingreso triunfal a los mercados internacionales de la enajenación entre las manos: una tarea inquietante para futuros Psicólogos.

Creo, sin temor, que ésta es la base real de la Psicología hedonista para los jóvenes consumistas, de la que busca la identidad de la mujer, de la que acoge a las familias atribuladas, de la que comprende al oficinista con stress, de la que analiza a la señora con traumas, de la que difunde modelos de personas aptas para el consumo, de la que intenta corregir la desadaptación inoportuna, de la que sana las conciencias de los que olvidan, de la que filosofa sobre el destino

humano, de la que invita a conocerse a sí mismos a hombres que hasta ahora no sabían que eran un misterio interesante, de la que consuela con técnicas irracionalistas y fomenta la desvalorización de la razón y la cultura, de la que cree que tiene soluciones médicas para la mayoría de las cosas.

#### D. UNA MIRADA FILOSÓFICA:

1. La tradición institucional de la Psicología se ha hecho cargo de la realidad efectiva de la subjetividad moderna sólo de manera implícita y a posteriori.

Atrapada en su pretensión cienticista, ha creído constantemente hablar de un objeto universal, concreto y estable, sin hacerse cargo de sus determinaciones históricas. Ha diluido permanentemente la historicidad en determinaciones que se pretenden objetivas, como las que provienen de la fisiología (experimental o especulativa), o las que provienen del entorno inmediato. Ha sido capaz de reconocer la temporalidad y la interacción, pero no ha adquirido conciencia real de la historicidad, ni de la mediación.

Pero la pretensión científica no sólo la ha alejado de su autoconciencia sino, también, de la tradición filosófica que podría haberla empujado a ella. Muy escasamente, de manera tardía y difusa, ha podido hacerse cargo del mundo de riqueza e ingenio abierto a partir de la proposición de la subjetividad trascendental kantiana.<sup>19</sup>

Ni la idea de esquematismo trascendental, ni la primacía de la razón práctica en Fichte, o de la estética en Schiller, o de la naturaleza humanizada en Schelling, ni la realidad y la historicidad del Espíritu en Hegel, ni la realidad y la historicidad de la producción y la enajenación en Marx, fueron asumidas por la tradición institucional de la Psicología.

---

19 Sólo a partir de la problemática del lenguaje (como en Lacan), o de la facultad de configurar el mundo objetivo (como en Bateson), ha logrado, y aún de manera vaga, retomar su contacto consciente con la filosofía.

Su desarrollo teórico se vinculó, incluso explícitamente, a la presunta muerte de la tradición filosófica clásica, (proclamada tantas veces y en tantos tonos que sólo pueden hacerse comentarios irónicos al respecto). Buscó sus fuentes en el empirismo inglés (y en su versión menor: el positivismo francés) para dar origen a una tradición de Psicología a la vez experimental y de la conciencia. Buscó sus fuentes en la Fenomenología de Husserl para poder formular una idea humanizada y no directiva de la terapia, camino por el que se vio conducida a Kierkegaard y a la interpretación existencial de Heidegger. Se acercó a la epistemología neo kantiana. Pero perdió la riqueza de la gran tradición filosófica.<sup>20</sup>

2. Pero esta omisión de referencias a la filosofía clásica en ningún caso está vacía. No significó sino la adhesión, asumida con la fuerza de lo implícito, a determinados rasgos que caracterizaron a la tradición filosófica moderna hasta la aparición de Kant, y que son recreados y consagrados prácticamente a partir del triunfo de las revoluciones científicas del siglo XIX.

En primer término la concepción del sujeto como individuo y, de una manera más general, al individuo como individualidad.

En segundo lugar la idea de sujeto como un cuerpo con alma o, mejor, como una corporalidad individual dotada de racionalidad interna y de conciencia.

En tercer lugar la idea de que la sociedad es un espacio en que se encuentran y confrontan individualidades.

En cuarto lugar una idea formal e infinitista de la conciencia y de las posibilidades del conocimiento.

Quizás bastaría, en lugar de esta enumeración, con decir que la Psicología se propuso ser una ciencia (positivista o no). La verdad es que todas estas opciones están implicadas en la de no asumir las consecuencias que tuvo la revolución kantiana, tanto para la racionalidad científica, como para la idea de la libertad.

---

20 Quizás la misma tradición filosófica de los siglos XIX y XX, la perdió.

3. La tradición institucional de la Psicología, a diferencia de su época clásica, está íntimamente ligada a la idea de que el único sujeto posible de investigar y tratar, el único sujeto real, es el que coincide con los límites del individuo.

El individuo es, básicamente, un cuerpo individual dotado de conciencia. El énfasis principal, tanto del análisis como de la terapia, está puesto no en las relaciones interpersonales o sociales, ni en las determinaciones desde el ambiente o desde la historia, ni siquiera en las determinaciones que surgen desde la corporalidad, sino, y en la sutileza está la esencia del asunto, en la manera en que se actualizan todas estas influencias en un átomo concreto, claramente distinguible del entorno que lo rodea de manera contingente o determinante.

Todo fenómeno conductual o psíquico es referido a este átomo esencial. Las relaciones interpersonales sólo pueden ser comprendidas en la medida en que se comprende qué tipo de personas o de caracteres están en juego. Las relaciones sociales surgen del efecto combinado de una serie caracterizable de impulsos, rasgos de personalidad y acciones en definitiva estrictamente particulares. Las determinaciones ambientales son claramente relaciones entre un alguien definido y un ambiente, y lo que resulte de ellas dependerá, también claramente, de las características, cognoscibles y definibles, del sujeto particular en cuestión. La historia siempre es la historia particular de alguien o, a lo sumo, la combinatoria de una serie de historias particulares. La fisiología es una determinación que actúa desde un cuerpo individual y sobre un cuerpo individual.

Es, entonces, completamente comprensible que en la Psicología de los siglos XIX y XX abundan las tipologías, que ayudan a entender las conexiones posibles entre estos átomos, de manera análoga a como el sistema periódico de elementos hizo posible entender las conexiones posibles entre los átomos químicos. Es comprensible que estas tipologías se extiendan no sólo a los rasgos de personalidad sino, también, a las formas de desarrollo posibles, a las formas típicas de interacción con el ambiente, a las caracterizaciones fisiológicas, a las etapas del desarrollo. La Psicología se ha desarrollado como ciencia en la medida en que ha refinado, o simplemente ha actualizado, las

taxonomías que caracterizan su visión del hombre. Por un lado es el contenido de estas clasificaciones, por otro es la tendencia clasificatoria misma, lo que se convierte en rasgo constituyente de la Psicología científica.

4. Se podría pensar que hoy estas tendencias están superadas, o en vías de superación, por varios enfoques teóricos o estilos terapéuticos de reciente aparición. Yo tengo una impresión más pesimista. Creo que lo que ocurre es que la visión analítica y atomista y, sobre todo, su contenido esencial en Psicología, el individuo, no sólo reaparecen con diversos nombres y estilos sino que se refuerza por muchas vías que parecen pretender lo contrario.

Se busca poner el énfasis en las relaciones interpersonales más que en las personas particulares y lo que se hace de hecho es tratar ahora a estas relaciones como si fueran cosas, dando lugar a diversas tipificaciones de roles o de interacciones características, que cumplen de hecho el mismo papel que antes cumplían las tipologías de individuos. Casi se puede decir que donde antes interactuaban personas individuales ahora interactúan roles particulares o se reproducen interacciones características. Por cierto cuando hacemos esta crítica la respuesta es instantánea: ¡nunca hay que olvidar que tras los roles hay personas concretas!. Nosotros agregaríamos: y perfectamente individuales!. Y entonces el interaccionismo se revela como otro estilo del atomismo. La cuestión es esta: no hay un salto epistemológico significativo si en lugar de tratar a las personas como átomos sociales empezamos a tratar a los roles como átomos del mismo tipo.

5. Al parecer a nadie se le ocurre, en la vía normal del ejercicio profesional, que el sujeto real está en los genes, como pretenderían los sociobiólogos, o en la especie, que se comunica y piensa a través de feromonas, como pretendería quizás algún etólogo, o en los colectivos que desarrollan identidades grupales, como se podría sugerir a partir de la Psicología comunitaria, o en las grandes identidades colectivas que hacen su propia historia, como podría sugerir un hegeliano ortodoxo o, incluso, en una estructura trascendental común como podría plantear un mal kantiano.

En lugar de estas extravagancias se escuchará a cada paso la

apelación, la defensa, el elogio, de la persona concreta, de la que está justo frente al Psicólogo, de la individualidad irreductible, de los fueros del sujeto personal, de su derecho y su vocación por la identidad particular. Esto está arraigado de una manera tan profunda que difícilmente imaginamos que pudiera ser de otra forma. Nos parece lo natural, lo evidente, lo normal. Incluso tenemos un amplio arsenal de defensas y ataques en contra de visiones alternativas. Ideas como colectivismo, mente colectiva, determinación ineludible, fusión de lo particular en lo general, de lo pequeño en lo universal, falta de distinción entre el individuo y su entorno social, nos parecen espontáneamente siniestras, sin que ningún análisis haya mostrado sus defectos, antes de que hayamos contemplado ninguna prueba efectiva y actual. Esto es interesante: una sociedad se conoce no sólo por lo que admira sino también por lo que teme. No hay temor más ampliamente difundido que el de la pérdida de la autonomía individual. Cada vez que estamos frente a su posibilidad teórica o práctica se nos ocurre, espontáneamente, que estamos ante el totalitarismo, con sus secuelas de arbitrariedad y terror, o ante la extravagancia orientalista, con sus cargas de enajenación y disolución de la responsabilidad.

Pero los tiempos son difíciles. Es fácil sospechar que el individuo moderno se ha ido cansando de su individualidad. Es fácil darse cuenta que ya han surgido las Psicologías que dan cuenta y prestan servicio a este cansancio. La cuestión epistemológica aquí es notar que esto ocurre y por qué vías concretas aparece. La cuestión moral y política es evaluar qué implica este abandono progresivo de la individualidad clásica para la convivencia social.

6. Si se considera atentamente al individuo que ha sido protagonista de la Psicología institucional, se comprueba que no es tanto el individuo como la individualidad el verdadero sujeto. Porque ocurre que, a pesar de sus límites corporales, el individuo de la Psicología es más bien un concepto, incluso una institución, que un cuerpo. Lo que se puede decir es que el cuerpo individual es su signo más evidente y que desde él se construirá todo el resto del concepto.

Pero la individualidad es más que eso. Es la institución individuo. Y, por mucho que nuestro sentido común no logre separarla de la

imagen de una persona concreta en los límites de su corporalidad, ocurre que, de hecho, están incluidos en ella los rasgos del entorno que se supone característico de un sujeto moderno. Cuando nos preguntamos históricamente a quienes puede llamárseles individuos descubrimos que la respuesta no es nada de simple. Un individuo, como lo hemos expuesto en la sección A., es esencialmente un hombre, padre de familia, integrado al sistema de la producción, con una cierta autonomía económica, con derechos y deberes políticos definidos, con un lugar en la sociedad, por mínimo que sea, en resumen: es alguien.

No es difícil mostrar que no todas las personas que viven en una sociedad moderna pueden ser entendidas como individuos en este sentido. Consecuentemente, no es difícil mostrar, si esto es cierto, que muchas características y dificultades de los estilos terapéuticos actuales provienen o de intentar tratar como individuos a sujetos que no se han constituido socialmente como tales, o de intentar constituir como individuos a sujetos tradicionalmente postergados.

Tanto para la teoría como para la terapia, tanto para la epistemología como para la política, la diferencia entre individuo e individualidad es esencial.

7. El centro de la individualidad, simbólica y conceptualmente es la corporalidad individual. En este plano sí que ni se ha soñado con la posibilidad de que las personas que conocemos no sean sino manifestaciones externas de un cuerpo común. Es cierto que en las épocas revolucionarias de este siglo la imaginación ha traspasado casi todos los límites, pero incluso entonces, una idea como esta ha sido vista como extravagante. El cuerpo es, claramente o, mejor, visiblemente, un ente individual.

El problema es que este cuerpo, en el caso de los seres humanos, tiene algo más, una otra cosa, que lo distingue del resto de los seres vivos: tiene conciencia. Creo que para muy pocos psicólogos esta idea dejaría de parecer entera y absolutamente natural: una persona es un cuerpo dotado de conciencia. El agregado en la fórmula es crucial: un cuerpo "y", o mejor, un cuerpo "con". La conciencia es tratada casi uniformemente con las características que tienen las cosas. Tanto que es agregable al ente que nos consta empíricamente. Y, sin embargo,

cosa muy notable, no es pensable por separado. Es una cosa que encontramos natural agregar, pero que nos parece forzado pensar independientemente. Es curioso que se pueda "perder la conciencia" sin que se pueda indicar dónde está mientras está "perdida". Pero, desde un punto de vista epistemológico esto es mucho más que una curiosidad. Estamos ante un ente, la conciencia, que es tratado casi siempre y con todas las características de las cosas ... y que sin embargo no lo es, al menos visiblemente.

Si consideramos a las Psicologías del siglo XX, y la complejidad que han agregado a las características de la subjetividad, como libertad, como inconsciente, como correlación conductual o acto de habla, es necesario decir, de manera más amplia, que este ente que se considera como cosa es "lo psíquico" y que una historia conceptual de la Psicología puede referirse a lo que ha ocurrido con sus características más básicas.

8. La Psicología clásica buscó entender al sujeto que expresaba a través de la noción de una sustancia universal, razón, naturaleza, de la que sus conductas personales y sociales eran resultado. La Psicología experimental buscó un interior que operara como causa de lo observable, un interior estándar que permitiera definir una "normalidad" respecto de la cual establecer las terapias. Las grandes escuelas del siglo XX convirtieron, imperceptiblemente, este interior causal en una mera estructura, toda fenómeno, toda contemporánea, cuyas relaciones visibles contienen todo lo que es posible saber, y todo aquello sobre lo que es posible operar.

De este proceso lo que importa enfatizar aquí es cómo las nuevas ideas acerca de qué tipo de realidad puede ser lo psíquico han tendido a perder la certeza original, del que operaba en plena posición de su unidad sustancial con el género humano, hacia la búsqueda de certeza del que creía que tenía un Método cierto para ir del orden de los efectos al de las causas, hacia la incógnita permanente del que ha concluido que no hay nexos históricos significativos, que no hay leyes genéticas que se puedan seguir con confianza, y que todo lo que puede saberse está presente de manera contemporánea y sometido al azar de las relaciones contingentes.

De la Psicología clásica a la experimental hay un paso, que se da cuando Fechner, o Wundt, o Ribot, fundan la disciplina expresamente en contra de la especulación filosófica, en que se pierde la sustancia histórica de la subjetividad, para quedar sólo lo que las leyes genéticas pueden ofrecer, como guías de las predicciones posibles. Un paso análogo se da, no sólo de manera institucional, cuando Freud elige relegar las metáforas históricas en beneficio del estudio de los mecanismos de defensa. O, también, cuando Jaspers elige limitar el entorno del proyecto vital de sus pacientes a lo que les es fenomenológicamente observable. O, también, cuando Piaget intenta describir el desarrollo del niño encontrando su ley genética particular, más acá de las especulaciones posibles sobre el espíritu humano en general.

Pero, una vez que se ha perdido lo histórico, puede perderse también lo puramente causal. Este paso se da cuando Skinner prefiere centrar el condicionamiento en la situación contemporánea. Cuando las escuelas psicoanalíticas se centran más bien en las posiciones o en las alteraciones vinculares actuales, relegando el problema del desarrollo o a la remota infancia, o a la metapsicología. Se da cuando los enfoques sistémicos, con el ánimo de recoger mejor las relaciones que los componentes, centran sus análisis en las situaciones contemporáneas. Se da, por último, cuando se lleva el problema de las relaciones intersubjetivas al ámbito del lenguaje, en que ninguna historia, ni siquiera ninguna secuencia es necesaria, porque basta con la descripción y el tratamiento de estructuras de relación que están completamente presentes.

9. La pérdida de la sustancialidad y de la historicidad del sujeto, en la teoría, su reemplazo por las relaciones de tipo genético y estructural, hace posible la disgregación ulterior, tanto de estructura como de sistema, en componentes que sólo tienen relaciones instantáneas entre sí, y que están determinados completamente desde ámbitos que no controlan.

La apelación a las estructuras del lenguaje abre paso a la pregunta por la consistencia interna de la idea de comunicación. Los que han explorado honradamente este problema se han visto impulsados a decir o que la posibilidad de comunicación es simplemente un

mito, o que lo que llamamos comunicación no es sino un consenso operativo, un intercambio de acciones, al que no se le pueden atribuir contenidos reales. El supuesto, de alguna manera sagrado, de que la base de toda terapia es una buena comunicación entre paciente y terapeuta, es seriamente cuestionado. Las terapias sólo pueden dedicarse a lograr consensos operativos que se justifican por su estabilidad, independientemente de sus contenidos. Nunca la ética pudo estar más ausente. La asepsia total se ha conseguido simplemente por la vía de perder la esperanza de que a los pacientes se les pueda decir algo con sentido. Nada se puede "decir", la comunicación es un mito. Lo que se puede hacer es, simplemente, lograr que funcionen de manera equilibrada.

La apelación al determinismo inconsciente, en lugar de abrir la posibilidad de la exploración de una subjetividad sustancial común, llevada a la mera descripción estructural, se convierte en un fatalismo moralista en que lo único que se puede hacer con pacientes individuales es formar en ellos la fortaleza para tolerar la vida cotidiana. Lo inconsciente no es tanto el lugar de la protesta permanente por la falta de felicidad, sino más bien la expresión de que no controlamos completamente nuestras vidas, de que la enajenación parece ser inevitable. La terapia analítica, perdida la ambición por explorar la sustancialidad subversiva de la felicidad, no puede ser sino un proyecto, más o menos trabajoso, de resignación a la realidad dada.

Cuando la determinación inconsciente se suma a la apelación al lenguaje la disgregación del sujeto posible, y de las terapias posibles, se hace extrema, aunque sus practicantes lo nieguen.

En esta figura poco importa que el inconsciente sea la reinterpretación existencialista del inconsciente freudiano, o el misterio permanente de la biología extendida a lo humano, ya sea como etología heterodoxa, o como determinación estructural y clausura del sistema nervioso. En ambos casos la imposibilidad de intercambiar contenidos, la determinación desde un ámbito que está más allá de la historia, que es una mera secuencia contingente de hechos que se acumulan como estructuras contemporáneas, deja a las terapias entregadas al mero consenso operativo y contingente. No hay ya ética

posible aquí, simplemente porque la base de las éticas posibles ha sido abolida.

10. Estas consideraciones filosóficas no afectan, por cierto, al conjunto de la Psicología. A lo sumo indican desarrollos, ya existentes, que pueden ser poderosos indicios de la dirección de los tiempos.

Tal como no afectan a todas sus teorías, tampoco afectan a todas sus prácticas. La distinción que he sostenido más arriba entre integrados y marginados, por un lado, y anticuados y modernos, por otro, sigue siendo más significativa que las discusiones filosóficas. En lo que sigue quiero sostener que hay un ámbito teórico y terapéutico cada vez más diferenciado para cada uno de estos sectores que he descrito en la subjetividad actual, y sugerir algunas de sus características reales y perspectivas posibles. La productividad de la mirada filosófica podrá verse mejor ante este panorama.

## **E. SOBRE LAS PSICOLOGÍAS REALES Y LAS PSICOLOGÍAS POSIBLES:**

1. La Psicología que es realmente el ejercicio "serio", profesional, reconocido, la que actúa como centro de la legitimidad legal e ideológica, la que domina ampliamente la práctica clínica y académica, es la que se dedica a los sujetos integrados de estilo tradicional. Como ya he sugerido en un texto anterior, creo que, en esencia, esta es la Psicología, sin más. En todos los otros campos estamos hablando de realidades marginales o en formación.

La Psicología institucional, más allá de sus diversos enfoques teóricos, no tiene sino un problema central: el efecto sobre los sujetos particulares de la descomposición de la familia clásica. Ya sea en sus modalidades clínicas que se centran en el individuo, o en las que procuran abordar el problema de la familia en su conjunto, el centro de las preocupaciones es siempre el mismo.

Este hecho no es sino expresión del papel central que la familia cumplía, y aún cumple, en la formación de la subjetividad moderna.